

Lontananza

David Toscana



David Toscana

Lontananza

περιφέρεια

Periferia Editorial

Ciudad de México – Lisboa – Río de Janeiro

1

UNA VEZ MÁS AMARO REPARTIÓ SU mirada entre la ventana y el reloj. Ya pasaba de las nueve y, afuera, los golpes de viento, hojas y tierra que bajaban de la montaña presagiaban un aguacero.

Imelda comenzó a cerrar las ventanas, lamentándose del polvo que se había metido en la casa.

—Menos mal que hoy no vas a salir —dijo de acuerdo con su costumbre de buscar el chantaje en vez de pedir un favor.

Generalmente Amaro se sentía con poco ánimo para contradecir a su mujer y terminaba por complacerla. Sin embargo, esa noche estaba dispuesto a actuar de otro modo. ¿Cómo faltar hoy al Lontananza, pensó, justo hoy que seré el centro de atención? Había decidido llegar tarde, cerca de las diez, cuando ya todos sus amigos estuvieran ahí, esperándolo, hablando de él.

—¿Verdad que no vas a salir, Hugo?

Algunos años atrás Amaro le había pedido que ya no lo llamara así. Fue poco después de haber cumplido los cuarenta. Una secretaria de la fábrica se acercó para entregarle un sobre y le preguntó: ¿usted es Hugo? La mezcla del usted con ese nombre le resultó aberrante. Hugo era un nombre de niño o de muchacho, pero no alcanzaba para un hombre maduro, de vientre amplio y ondulado, sin aire para diez escalones ni valor para riesgos que implicaran algo más que un par de fichas en los juegos de cartas.

—¿Verdad que no? —insistió Imelda.

Esa misma tarde, poco antes del silbato de las seis, el gerente de personal lo había llamado. Le agradeció sus veinte años de servicio, le empujó un sobre lleno de billetes y le pidió firmar varios papeles. Amaro volvió a casa más temprano que de costumbre y respondió a la curiosidad de Imelda diciendo que se había sentido mal, un dolor en la espalda, los achaques de la edad. El resto fue echarse sobre el sofá a esperar la noche.

Amaro volteó hacia su mujer, imponente y aburrida, y no pudo distinguir ni los restos de aquella muchacha con la que había hecho tantos planes. Voy a ser auxiliar de contador, le dijo feliz cuando lo contrataron en la fábrica, y creo que en menos de seis meses nos

podremos largar. Los planes eran tan indefinidos que a veces no se distinguían de los sueños: se irían a la ciudad, donde él terminaría sus estudios, podría ganar más y eventualmente montaría su propio negocio. Poco pensaban sobre qué estudiar o qué negocio poner, y a Imelda sólo le preocupaba que los planes fueran demasiado ordinarios, tan iguales a los de todo el mundo. Él la abrazaba y la contentaba diciéndole que no eran iguales, porque ellos sí los harían realidad. Ella le sonreía y le decía que lo único verdaderamente importante era estar juntos toda la vida, aunque toda la vida pasara en el pueblo y sin dinero. Entonces él se llamaba Hugo y ella tenía un trasero armonioso.

—No me has contestado, Hugo.

Decidió que todos le llamaran por su segundo apellido, Amaro, pues el primero, García, lo llevaba medio pueblo. Cuando por teléfono le preguntaban de parte de quién, comenzó a responder “de Amaro”, y de tanto autonombrarse así, la gente se fue olvidando de Hugo. Sólo Imelda rechazó la idea y le dijo que le diría Amaro el día en que él la llamara Villarreal.

Amaro se palpó el bolsillo y sintió los billetes. No los había querido contar. Para nadie era un secreto que cuando en la fábrica corrían a alguien lo liquidaban con una cantidad inferior a la correspondiente por ley. Él mismo llegó a indignarse más cuando le hicieron esto a un compañero que cuando lo experimentó en carne propia. Decidió no contar el dinero para no enterarse del tamaño de su injusticia.

No pensaba decírselo a Imelda. Quería pasar una noche a gusto, sin reclamos, sin necesidad de hacer nuevos planes ni andar pidiendo favores ni de veras ponerse a imaginar su situación del mes o del año entrante. Para qué ocuparse ahora de eso si ya tendría a su mujer convertida en una conciencia de tiempo completo, cuestionándolo, haciéndole cuentas, obligándolo a salir a la calle en busca de un ingreso.

Amaro se encaminó hacia la puerta y, sin decir nada, salió.

Las flores de bugambilia avanzaban por la calle con cada golpe de viento. Rodaban, y algunas hasta doblaban por la esquina como si tuvieran voluntad para dirigirse a algún lugar específico. Pero sólo eso vio, bugambilias, porque las calles estaban desiertas de gente. Le angustió pensar que tal vez había perdido mucho tiempo con su mujer y que tal vez sus amigos, cansados de esperarlo, se habrían regresado a sus casas.

El viento sopló con más intensidad. Amaro se pasó una y otra vez las manos por el cabello tratando de enderezarse el peinado y, al tiempo que se lamentaba por lo inútil de su esfuerzo, le reconfortó palpar el rasgo mejor conservado de esos tiempos que él, en su pensamiento,

llamaba los años de esperanza y que Imelda refería en conversaciones melancólicas con frases como cuando éramos felices.

Para Amaro la felicidad era una falacia aprendida en las telenovelas. Nadie podía ser feliz porque la alegría era algo momentáneo que de pronto aparecía en una risa, con una buena noticia, con un buen trago, pero igualmente se esfumaba en un momento y tardaba en volver. La mayor parte del día uno no era feliz; tan sólo se dedicaba a comer, dormir, trabajar, ir pasando en espera de que un amigo o el azar trajera como regalo otro instante preferible al resto; y Amaro pensaba que las noches ofrecían siempre mejores oportunidades para hallar esos instantes. De día, en cambio, todo se mostraba demasiado real. Por eso en las noches de esos años de esperanza la ciudad era un resplandor en el horizonte que Amaro sentía demasiado cercano como para no alcanzarlo, y por las mañanas se volvía un lugar muy remoto desde donde los patrones llegaban en sus autos negros.

Un relámpago iluminó la calle. Amaro se cargó hacia la acera derecha, repegado a las paredes de las casas para esquivar la inminente lluvia. Su mirada entró intrusa por las ventanas y fue descubriendo, como si observara aparadores, la mercancía de cada casa: dos niños durmiendo sobre una cobija deshilachada, una familia silenciosa en torno al televisor, retratos sonrientes de boda, de quince años, sillones rojos forrados en plástico, vírgenes, crucifijos, manteles bordados, un pan a medio comer, un calendario que se quedó en febrero, una pareja de ancianos viéndose con la indiferencia del tiempo, mujeres envueltas en batas floreadas; nada que le atrajera; escenas que bien podrían haberse tomado de su propia casa.

—¡Métete, Gaby! ¡Ya va a llover!

El grito se empalmó con el viento. Amaro volteó hacia uno y otro lado sin distinguir de dónde había venido. Sintió unas gotas pequeñas, aisladas sobre la cara y se dijo que aún no era la lluvia, apenas un presagio. Con otro relámpago descubrió a un hombre al fondo de la calle. Luego lo vio tambalearse en la oscuridad y trató inútilmente de identificarlo hasta que lo perdió de vista. Apuró el paso. El Lontananza parecía más lejos que nunca y acaso, igual que ese hombre, sus amigos ya iban por el camino de regreso.

Amaro forzó la respiración. Ansiaba el humo del cigarro, las palmadas en la espalda, las frases imbricadas en busca de una risa, de un gesto de aprobación. Allí, dentro del Lontananza, estaba la vida.

—No me van a dejar solo —dijo Amaro en voz alta para tranquilizarse—. Hoy no.

Por fin distinguió el lugar y volvió a disminuir el paso. No tenía caso correr si ya podía vigilar la puerta. Las paredes de sillar del Lontananza,

el letrero, el arbotante de la esquina, todo estaba ahí en espera de Amaro, pero el viento seguía llegando sin voces ni risas, tan sólo con su silbido, sin siquiera otro grito para Gaby.

Se acercó nervioso y tomó la perilla de la puerta. Antes de abrir aguzó el oído. Escuchó el traqueteo de la lluvia sobre la lámina y sólo entonces se percató de que se estaba mojando. Tanteó los billetes antes de atreverse a abrir. Alguien estiró la puerta desde dentro.

—¡Miren quién llegó!

Distinguió a sus amigos, poniéndose de pie, caminando hacia él con magníficas sonrisas que algo tenían de solemnes. Lo abrazaron, le apretaron la mano con el mayor de los afectos y lo condujeron hasta la cabecera de una ristra de mesas que habían unido para la ocasión.

Amaro sonrió. Todos estaban con él en su noche.

A algunos de ellos también los habían corrido de la fábrica; otros aún trabajaban ahí. Pero haber perdido el empleo no era sino un símbolo. Al fin todos ellos habían caído en la trampa que les tendieron para nunca escapar del pueblo, una trampa disfrazada de un empleo apenas suficiente para adormecer los sueños, para derrotarlos. Sin embargo, esa noche se sentían seguros, felices. Esa noche el Lontananza era un paraíso donde el fracaso no existía.

Levantaron sus vasos y bebieron.

Luego de pedir una ronda para todos, Amaro empezará a relatar los pormenores de su despido y todos se echarán a reír cuando les cuente que firmó cuanto papel le pusieron enfrente con tal de tomar el sobre del dinero. Hablarán de los traidores, de los apestosos que huyeron a la ciudad y vuelven acaso un fin de semana a su casa de siempre que ahora llaman casa de campo. Desgraciados, dirán con el rostro encendido, cobardes.

Cuando la noche se haga más vieja y se detenga el repiqueteo en el techo de lámina, Amaro propondrá un brindis por su mujer y por las de todos. Entonces, entre gritos de aprobación y frases de enamorados, abrirán las carteras para sacar los retratos de hace más de veinte años, de los años de la esperanza, porque nadie pensaría siquiera en un brindis por las mujeres cada vez más amplias y tediosas que dejaron en casa.

Por cuenta de Amaro correrán las bromas y los chistes, y todos serán aprobados igual que se le aprueban a un patrón.

Después, cuando el cantinero comience a señalar el reloj desde la barra, ellos dirán está bien, Odilón, ya nos vamos, y uno a uno irá despidiéndose de Amaro y le dará las gracias por haberles regalado esa velada tan maravillosa.

Amaro pagará sin chistar el consumo de todos, sin importar lo que

bebieron antes de que él llegara, sin ocuparse de revisar la cuenta, porque sabe muy bien que pocas veces en la vida se puede ser protagonista y no espera que esta oportunidad sea gratuita. Luego pedirá una botella para el camino de vuelta a casa, que se hará largo, pesado, oscuro.

Por las calles que corren de norte a sur avanzarán pequeños ríos turbios y Amaro, sin memoria, se preguntará a qué hora comenzó a llover. Un trago, tres tragos, diez tragos; la botella a medias y Amaro se desplomará sobre el lodo, bocabajo, orinándose los pantalones, palpando el volumen mínimo de los billetes en el bolsillo. Y ahí, con el rostro acomodado para sostener nariz y boca fuera del charco, tratando de no pensar en nada, dormirá.

Dormirá hasta el amanecer, cuando alguien lo vea y corra a avisarle a Imelda, quien seguramente estará aún despierta, luchando entre la preocupación y la rabia. Ella irá hasta su lado y le tenderá una mano para levantarlo.

—Hugo, ¿por qué me haces esto?

Amaro, con la mente desorbitada, se colgará de su hombro y se dejará llevar de vuelta a casa. Ahí querrá pedir perdón o al menos dar una explicación, pero en vez de eso se echará sobre el sofá y, mirando a través de la ventana, comprenderá que ya es de día.

2

EL HOMBRE LLEVABA VARIOS MINUTOS viendo la fotografía. La regresó al bolsillo de la camisa para tomar la botella de cerveza y servir su contenido en el vaso; una camisa sin cuello, blanca, con una raya roja y otra verde. Bastante fea, pensó Odilón, me recuerda el uniforme que usó México en el setentaiocho. El hombre echó un vistazo lento al resto de los bebedores, volviendo completamente el cuerpo para observar incluso a los que tenía a su espalda. Recargado en la barra, Odilón la interpretó como una mirada triste y retadora, y se le ocurrió que el hombre llevaba una pena encima y de seguro buscaría cobrársela con alguien.

No le importaban los problemas de sus clientes; sin embargo, en ese momento presintió que podían presentarse dificultades para él y su negocio. Había recordado otra ocasión en que un hombre con la misma forma de mirar estuvo bebiendo largamente: comenzó con cerveza, siguió con jaiboles y terminó con mezcal, cada vez con ojos más desafiantes e inquisitivos. Por fin, de tanto mirar a uno de los clientes, provocó la pregunta: ¿qué me ves? De inmediato comenzaron los golpes. Uno de ellos sacó su navaja y el piso terminó cubierto de sangre. Al día siguiente, mientras limpiaba la costra seca, Odilón se lamentó de no haber actuado antes. Se hubiera ahorrado un muerto y las dos horas que le tomó cepillar el piso con amole, se hubiera ahorrado los cuestionarios de la judicial, el andar respondiendo por gente que ni conocía y la botella de creolina que hubo de verter por todo el suelo para matar lo vivo que quedara del muerto y que durante una semana le impregnó la cantina con un olor profundo a hospital.

El hombre agitó su botella vacía en señal de que deseaba otra. El mismo Odilón fue hasta su mesa y la colocó junto al vaso. Ahí la destapó. Quería medir de cerca sus intenciones y sus agallas, y de paso aprovechó para recoger dos envases vacíos con sus respectivas corcholatas.

—¿No hubo suerte? —preguntó Odilón.

—Ninguna —respondió el hombre, otra vez con la fotografía en la mano.

Las botellas se destapaban frente al cliente porque por esos días se

realizaba una promoción de la empresa cervecera en la que regalaban desde una cerveza hasta un automóvil. La pregunta de Odilón fue acerca de la promoción, pero supuso que el hombre le había respondido sobre la vida. Distinguió que la fotografía era de una Polaroid, de esas instantáneas. La reconoció por su forma cuadrada, por su grosor y por el color negro del reverso. Aunque no alcanzó a ver la imagen pensó que estaría muy mal definida, pues él mismo era dueño de una Polaroid y, sin importar la cantidad de luz, las fotos siempre resultaban como si se hubieran tomado de noche, los rostros lucían verdosos y los detalles, como un lunar o una arruga, simplemente no se dejaban ver. Por eso metió la cámara en un cajón y nunca más le dio por sacarla.

Regresó a la barra, desde donde procuró no quitarle la vista al hombre. Se preguntó cuál sería la estrategia correcta: echarlo o hablar con él. No consideró la opción de dejarlo hacer, de esperar. Echarlo, pensó Odilón, puede ser lo peor, porque lo tendría que hacer yo mismo y luego soy yo el que recibe el golpe o la cuchillada o el balazo. No tiene cara de ser buen bebedor, ¿aunque cómo estar seguro? Apenas lleva tres cervezas, y tres cualquiera las aguanta.

No le quedó sino hablar con él, una fingida charla entre amigos para mandarlo de vuelta a su casa.

—Ai te encargo, Güero —le dijo a su ayudante—, voy a atender un asunto.

Destapó una cerveza y, como no había premio, sacó de un cajón una corcholata de la noche anterior que regalaba un six pack.

—Mire, amigo —se dirigió al hombre—, hoy es su día de suerte.

El hombre tomó la corcholata y la observó con poco interés.

—Yo no pedí esta cerveza.

Lo que menos esperaba Odilón era un arranque de honestidad; un premio era un premio y debía aceptarse aunque fuera inmerecido.

—Tome la ficha y vaya a canjearla en cualquier depósito.

Odilón se dio cuenta de que había muy poca diferencia entre lo que dijo y echarlo del local. Pensó rápido en una forma de arreglar sus palabras, lo que menos quería era portarse violento.

—Entonces tráigame seis —dijo el hombre, cuidando que la imagen de la fotografía no fuera visible para Odilón—. La quiero canjear aquí.

Dos meses atrás, Odilón había leído un libro titulado *Manual del bartender: la guía práctica para administrar con éxito un bar*. Muchas veces lo vio en el aparador de la revistería que estaba a tres cuerdas del Lontananza. Las primeras veces sólo le causó risa: él sabía perfectamente cómo administrar su negocio; lo que menos necesitaba era que un tal Lionel Baldwin le diera consejos. Sin embargo, cada vez que se asomaba al aparador el libro le tentaba un poco más. Por fin, en

una de tantas, se animó a entrar. La contraportada con el rostro del autor le dio confianza: era un hombre de salud bastante precaria, cabellera muy rala pero uniforme, ojos saltones y brillantes, piel seca y rostro mal rasurado. Odilón no lo creyó un hombre que administrara bares, pero sí uno que los visitaba asiduamente. Pagó el libro y lo leyó en dos tardes.

Al principio le decepcionó lo que estaba leyendo. El autor, al fin pensando en bares de primer mundo, hablaba sobre la instalación de computadoras para controlar el inventario de alcoholes, la nómina, el consumo de las mesas y el de los clientes asiduos; la forma de negociar contratos con las compañías de cable para tener al más bajo costo HBO, MTV, Playboy Channel o las peleas de box de campeonato mundial; el tipo de bebida preferido según cada segmento social, sexual y racial; la responsabilidad moral del encargado o propietario de un bar con respecto a los bebedores menores de veintiún años y las consecuencias legales en caso de que alguno de ellos se viera involucrado en accidentes o crímenes. El libro de trescientas noventa y seis páginas también incluía las recetas de las mil bebidas y combinaciones más populares en el mundo. ¡Mil!, se sorprendió Odilón. En el Lontananza no servimos más de diez. De hecho, Odilón se jactaba de esa falta de variedad y seguido platicaba sobre la ocasión cuando tres norteamericanos le pidieron unos margaritas. Los mexicanos no tomamos esa mariconada, dijo, se inventó para los gringos que no aguantan el tequila. De cualquier modo guardó el libro en un cajón de la barra y se propuso consultarlo si alguna vez otro extranjero le solicitaba una bebida fuera de lo acostumbrado. Al final de la lectura, sólo el capítulo titulado *Cien preguntas* le pareció valioso. El autor aseguraba que un cantinero debía ser lo suficientemente original como para evitar conversaciones acerca del clima o la salud. Para comenzar una charla, había que soltar cualquiera de las cien preguntas que él recomendaba. Dichas preguntas eran tan superficiales que no determinarían el rumbo de la conversación, sino que daban total libertad para que el cliente hablara de lo que quisiera. Odilón se propuso memorizarlas y las leyó una vez tras otra. Y no es que en un momento dado pudiera enumerar las cien preguntas, sino que ya en otras situaciones, si resultaba oportuno, le venía a la cabeza cualquiera de ellas. En ese instante, viendo las rayas verde y roja del hombre frente a él, recordó la pregunta número veintitrés:

—¿Dónde compró la camisa?

Odilón hizo una reverencia mental a Lyonel Baldwin. En lo que el hombre le respondía, él mismo elaboró una serie de posibilidades: fue un regalo, en tal tienda, me la robé, perteneció a mi difunto padre... Y si

había sido un regalo ahora podían hablar de quién se la regaló; tal vez la persona de la foto; y ahora el tema ya no sería la camisa sino la persona de la foto; y...

—En Centro Pantalonero —dijo el hombre.

Lástima, pensó Odilón. Comprarla en una tienda era la opción que daba menos posibilidades. Lo del regalo, el robo o el padre muerto era más explotable.

—Qué raro —dijo Odilón—, ahí deberían vender pantalones.

—Sí venden.

—Quiero decir sólo pantalones.

El hombre fue moviendo lentamente la mano hasta poner la fotografía de vuelta en el bolsillo.

—También venden cintos —dijo—, y ropa interior y creo que lociones.

Según Lyonel Baldwin, a más tardar en la tercera intervención se podría identificar el rumbo por el que el cliente quería llevar la conversación, y aunque Odilón no pensaba que el hombre deseara hablar de ropa interior, optó por respetar al maestro.

—¿Ahí surte usted sus calzones?

El hombre levantó la cara y mostró una mirada ya no triste y retadora sino incrédula. Luego se echó a reír con una mueca cargada de burla. Odilón prefirió pensar que nunca hizo la pregunta y que jamás oyó hablar del tal Baldwin. Soy un pendejo, se dijo, y sintió la necesidad de reivindicarse ante el hombre.

—Voy por sus cervezas.

En el camino quiso formular una conversación inteligente. Pero qué podía saber un viejo que ni siquiera dominaba su oficio de tantos años. Mil bebidas, pensó, y yo sólo preparo diez. A los clientes les gustaba hablar de política, deportes y mujeres; asuntos en los que todos se la daban de expertos porque al fin nadie entendía. Odilón ni siquiera llegaba a eso. El *Manual del bartender* era el único libro que había comprado desde que abandonó la secundaria, y la televisión, salvo por los juegos de fútbol, sólo la veía por casualidad. Nadie puede fingirse inteligente, se dijo, hablando de goles o tiros de esquina.

Atrás de la barra, le advirtió su padre al heredarle el negocio, eres el jefe. Nunca te sientes a beber con nadie porque te perderán el respeto. Odilón apretaba los dientes porque había roto una regla más valiosa que toda la vida y descendencia de Baldwin, y ahora no le quedaba sino volver a romperla y regresar a esa mesa donde dejó el respeto. Recordó que la semana anterior, mientras intentaba dormir, alcanzó a ver un reportaje sobre el cacomixtle, un animal que se mete en los gallineros y, por puro placer, se pone a matar cuanta gallina encuentra aunque con

sólo una satisfacga su hambre. Descartó la idea de hablar sobre eso. También recordó que una vez un recién converso le dijo que cuando se llenaba de dudas, abría la Biblia en una página al azar y, poniendo el dedo en cualquier línea, daba con la respuesta necesaria. Sin descuidar al hombre, Odilón sacó del cajón el *Manual del bartender* e hizo como le indicó el converso. La línea donde puso el índice decía: “Al servir cerveza en un vaso perfectamente limpio se formará una espuma gruesa, compacta, cremosa. La cerveza lucirá clara y libre de burbujas de gas”. Odilón pensó en sus vasos, en la espuma que se iba como si fuera de Coca-Cola. Sacó del hielo un six pack y se lo llevó al hombre.

—Usted tiene un problema —le dijo.

El hombre asintió.

—Y necesita desquitarse.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el hombre.

Odilón se sintió satisfecho. Tal vez esa curiosidad era síntoma de que no lo consideraba un estúpido. Sólo bastaba recuperar un poco más de respeto para pedirle que se fuera.

—No por nada tengo cuarenta años en este negocio —respondió.

El hombre le tendió la fotografía. Era una mujer de rostro difuso y verdoso; aparentemente en traje de baño y con una toalla enrollada en la cintura, pero igual pensó Odilón que podía ser un vestido escotado y sin mangas.

—¿Y sabe también de mujeres?

—Sé lo suficiente de una como para no querer saber de las demás.

No estuvo seguro Odilón de si su respuesta había sido buena, sin embargo se inclinó más a pensar que había perdido terreno. El hombre tomó una de las cervezas y le dio un trago. Eran cervezas de lata que no participaban en la promoción. Luego extendió la mano para solicitar de vuelta la fotografía. Odilón la retuvo un rato, sólo para medir la agresividad del hombre. Éste mantuvo la mano quieta, extendida, paciente.

—Bonita la muchacha —dijo y se la devolvió.

El hombre la guardó en el bolsillo y bajó la mirada. Su expresión había cambiado; era como si se avergonzara de algo. Entonces Odilón supo que se había equivocado: el hombre quería apaciguar su rabia con una borrachera, no con un pleito. Fue a la barra por una botella de tequila y un par de cañas.

—Yo invito —dijo y sirvió un trago para el hombre y uno para él.

Mi padre se avergonzaría de mí, pensó, y le vino a la mente un recuerdo difuso, como en Polaroid, de un hombre más joven que él recriminándolo con la mirada. No le inquietó porque hacía unos segundos se le había ocurrido una frase y hubiera dado cualquier cosa

con tal de decírsela a alguien.

El hombre habló un poco, de economía y de política. Nada que le interesara a Odilón, quien se preguntaba sobre la chica de la fotografía. Llenaron de nuevo las cañas y de nuevo las vaciaron. Los ojos del hombre se movían azarosamente y los párpados se volvieron lentos. Al fin llevó de nuevo la mano al bolsillo y sacó la fotografía. Ahora sí, pensó Odilón, el terreno es el adecuado para sembrar mi frase.

—¿Sabe, amigo? —dijo Odilón—, los hombres a veces somos como los cacomixtles...

—Es cierto —interrumpió el hombre y se puso de pie. Odilón ya no pudo terminar la frase ni armar de nuevo su idea. El hombre salió del Lontananza sin despedirse, sin llevarse las cervezas.

Odilón no quiso volver a la barra. Se quedó pensando en el significado de su frase trunca. Él se acababa de enterar de la existencia de los cacomixtles. No era posible que aquel hombre los conociera al punto de anticipar sus palabras. Le vino un sentimiento de desolación. Pensó que tal vez, sólo tal vez, él había sido creado para ocuparse de asuntos más grandes que atender una cantina. Tal vez portaba un don para formular frases que llegaran al corazón de la gente. Somos como los cacomixtles, se dijo, y le pesaron sus setenta años como nunca y se preguntó qué hubiera sido de él si desde antes, mucho antes, si desde que abandonó la escuela hubiera descubierto ese don. ¿Cuál hubiera sido su suerte? ¿Cuáles serían sus recuerdos? Quizás su padre lo había engañado. Por primera vez se sentaba a hablar con un cliente y, de pronto, se sentía otro, o al menos quería ser otro, un muchacho, aunque fuera un muchacho aproximándose a la muerte. Porque su padre también le advirtió, y en esto no hubo engaño, que la vejez llegaba cuando eran más los recuerdos que los sueños. Y ahora mismo Odilón presentía un sueño; apenas lo presentía porque no alcanzaba a moldearlo, a definirlo; era una voz difusa y no distinguía de quién era ni de dónde venía. Y aunque lo intentaba, no podía ocuparse de desentrañar ese presentimiento sin que una y otra vez le cayera encima el recuerdo de su padre. El recuerdo, otro más. Odilón se dijo que, también, uno es necesariamente viejo cuando piensa en su padre y viene la imagen de un hombre más joven. Se sirvió otro tequila y decidió ponerse a prueba con su última lectura. Ahí podría estar la clave, en formular una frase poderosa y transmitirla de mesa en mesa, sentado con sus clientes. Las mujeres son como espuma de cerveza, pensó. Un vaso limpio es la vida sin burbujas, pensó. Los recuerdos deben lavarse como un vaso donde los sueños flotan en burbujas, pensó. La espuma cremosa, gruesa y compacta es la belleza de una mujer ante los ojos de un cacomixtle, pensó. Negó con la cabeza, tapó la botella y

volvió a la barra. Se puso a atender sin ánimo a los clientes, con la sensación de que aquél hombre de la camisa a rayas le había encendido la luz por un instante, sólo por un instante.

3

HILDEBRANDO FUE RECIBIDO CON UNA fiesta familiar organizada por sus padres. El alcalde estuvo presente como invitado de honor, pues fue con dineros del municipio que pasó dos años en la capital del estado, inscrito en el Colegio de Escritores. Volvió con la satisfacción de un diploma enmarcado en chapa de oro que lo autorizaba a escribir profesionalmente y con el orgullo de estar entre los únicos dieciséis, de un grupo original de cincuenta, que terminaron el curso.

Hildebrando había ganado fama local porque sus versos eran leídos en cada fiesta patria y patronal. Para el veinticuatro de febrero escribió un poema titulado *La tricolor ondeante*, cuyo verso más célebre decía:

Porque si no fueras águila no fuera México

Para el veintiuno de marzo, había escrito un poema llamado *Bendito Benito*, que se volvió tan famoso que incluso al pie de la estatua de Juárez, en la calle del mismo nombre, una placa conmemorativa lo citaba:

*De sangre india tu nobleza
De sangre blanca tus querencias*

Su repertorio abarcaba el primero, cinco y diez de mayo; el dieciséis de septiembre, el veinte de noviembre, el doce de octubre y las navidades. También tenía loas para prohombres como Cuauhtémoc, Hidalgo, Guerrero, Zapata, Villa, Madero y el padre Pro.

El único tropiezo en su carrera, gracias a que nunca hizo público un soneto a López Portillo, se lo ganó por haber escrito la *Oda al gobernador*. La compuso a solicitud del alcalde, en cierta ocasión en que el gobernador visitó el pueblo. Educado con lecturas poéticas de años remotos, a Hildebrando le gustaba emplear palabras de dudoso significado para la mayoría de su público, pero él sentía que le daban a sus versos la dosis de erudición que todo arte requiere. No era raro encontrar en sus obras palabras como rosicler, algazara, progenie, lid, denuesto, pléyades, loor, fúlgido y fulgente, infando, presura, garzul, aqueste, zagal, querelloso, adalid y, con gran frecuencia, la expresión ¡oh!

Escribió de un día para otro la desventurada oda, terminándola justo antes de la ceremonia en que el gobernador inauguraría la ampliación de la escuela primaria y el alcalde negociaría una partida del presupuesto para instalar una arena de lucha libre dedicada al Blue Demon, hijo predilecto del lugar. El evento transcurrió según lo programado: se develó la placa conmemorativa de la ampliación, se aplaudió, hubo discursos y llegó la hora de la oda. Las primeras estrofas hablaron sobre un estado progresista y sobre un gobierno que daba libertad con oportunidad, sobre la recia figura del mandatario, con ojos siempre mirando al frente. El público interrumpía con aplausos y gritos de mariachi, hasta llegar al verso veintisiete, en el que Hildebrando empleó una de esas palabras de arte:

El gobernador embebecido

Hubo un momento de desconcierto en el que no se escucharon ni aplausos ni gritos. ¿Qué dijo?, se preguntó la gente, y comenzaron a circular las interpretaciones. La prensa, al día siguiente, estuvo dividida. Algunos dijeron que Hildebrando había insinuado que el primer mandatario estatal actuaba como bebé y otros aseguraban que había empleado un sinónimo de baboso. POETA INSULTA AL GOBERNADOR, rezaba un encabezado.

El Gobierno del Estado, a través de la Subsecretaría de Comunicación Social, pidió al alcalde que buscara la manera de disculparse públicamente. El municipio pagó en todos los periódicos regionales un inserto que mostraba el texto íntegro de la *Oda al*

gobernador. La palabra *embebecido* aparecía resaltada y con un asterisco. Al consultarse el pie de página, podía leerse:

EMBEBECIDO - Adj. Admirado y pasmado.

(Fuente: *Pequeño Larousse Ilustrado*)

La explicación fue vista con buenos ojos por parte del gobierno estatal. Sin embargo, aduciendo motivos de falta de recursos, se negó el apoyo económico para la arena de lucha libre.

Pese a esto, el balance de Hildebrando resultó positivo: nunca un poema suyo había alcanzado tanta difusión, y con esa buena fama ni el alcalde le negó el dinero para sus estudios ni el grueso de la gente protestó por el destino de sus impuestos.

Dos años asistió a una escuela donde le mostraron la manera como se deben manejar las metáforas y metonimias, sin abusar de ellas, y le hicieron memorizarse los elementos que requiere un texto para ser cuento. Aprendió a redactar guiones de cine, radio y televisión; obras de teatro y ensayos. Supo que palabras como *fue*, *dio* y *vio* ya no llevan acento, y que extrañamente *rió* aún lo mantiene; que desapareció la *be* de *obsuro*; que el adjetivo, cuando no da vida, mata; que los adverbios terminados en *mente* no deben emplearse frecuentemente; que *pues bien*, *yo necesito decirte que te adoro* ya no hace suspirar a nadie; y, muy a su pesar, se enteró de una verdad que en un principio le inquietó al punto de suponer que el maestro le mentía, pero que con el paso del tiempo y lecturas prestadas terminó por aceptar; una verdad que le dejó sin dormir varias noches sumido en la decepción y resuelto a nunca escribir otro verso: la poesía ya no era rimada.

Hubiera tomado el camino de vuelta al pueblo de no haber sido porque su decisión de dejar los versos lo condujo a aceptar la narrativa como su nueva vocación. A fin de cuentas, ser poeta o cuentista o dramaturgo o publicista no era más que una especialización dentro de su nueva vida como profesional de las letras.

Hildebrando sentía que la escuela le había dado todas las habilidades para escribir un cuento; sin embargo, no le venían las ideas. Por eso lo primero que hizo tras su fiesta de bienvenida fue meterse en el Lontananza para ocupar una mesa en la esquina del fondo. Ahí colgó un letrero:

ESCRITOR TITULADO POR LA ESCUELA DE ESCRITORES
BUSCA HISTORIAS PARA ESCRIBIR CUENTOS.

Si resultaba cierto, como decía el cantinero, que ahí se escuchaban más confesiones que en la iglesia, ése era el sitio preciso para hacerse de temas. Tan fácil como tronarse unas cervezas y esperar.

—¿Ha habido suerte? —preguntó el cantinero.

—Todavía no.

Hildebrando había notado la presencia de un hombre que desde una mesa distante lo miraba con insistencia pero sin ánimo para acercarse. Supuso que todo era cuestión de tiempo, de tragos. Cuando el hombre estuviera suficientemente borracho se acercaría para verter su alma en el papel.

De repente sus miradas se encontraron. Hildebrando sonrió con torpeza y levantó el brazo en señal de saludo. El hombre ni sonrió ni saludó: eructó, se puso en pie y se acercó al escritor.

—Tengo la historia perfecta —dijo.

Volteó hacia la barra e hizo una seña que Hildebrando interpretó como amor y paz, y que dentro del Lontananza significaba dos cervezas por favor.

—Cuéntemela, señor, y si vale la pena yo la convierto en literatura.

—Me llamo Adalberto.

—Bien, Adalberto, sólo quiero aclararte que los escritores nos alimentamos de ideas venidas de muchas fuentes sin que paguemos gratificaciones o regalías.

—No quiero dinero...

—Hildebrando.

—¿Eres el del poema a Juárez? —Adalberto se entusiasmó y tendió la mano sin hallar correspondencia.

El Güero llevó las dos cervezas. Hildebrando destapó la pluma y abrió su cuaderno. Las hojas estaban casi todas repletas de tachaduras y frases que no concluían, de inicios de cuentos que se quedaron en el arranque.

—Es una historia de ciencia ficción —dijo Adalberto.

—No importa —aclaró Hildebrando—, yo escribo cualquier género.

—Es sobre un candidato a primer ministro de una isla imaginaria.

Un candidato muy popular que seguramente hubiera ganado las elecciones si no es porque alguien lo asesina en la última etapa de su campaña. La gente lo llora y siente que con él también se van a la tumba los sueños de progreso económico, justicia social, empleo digno, democracia, soberanía nacional, auge comercial, desarrollo cultural...

—¿No son muchas esperanzas para un candidato?

—Se hacen mil esfuerzos por resolver el crimen pero no hay modo de dar con los culpables. Mientras tanto, el candidato sustituto gana las elecciones y, tan pronto toma el poder, la isla se hunde en una tremenda crisis...

—Tenía entendido que iba a ser de ciencia ficción.

Adalberto asintió y dio un trago a su cerveza.

—Ocurre que un famoso científico congela el cuerpo del difunto o lo conserva sumergido en una sustancia rara, y para antes del siguiente

periodo electoral encuentra la forma de revivirlo. Por supuesto otra vez popularidad total, la esperanza perdida, sácanos del pozo y no sé cuánto más. El candidato resucitado gana entonces las elecciones, mayoría absoluta, arrasa, toma el poder y la isla se vuelve a hundir en una crisis todavía peor.

Adalberto miró a Hildebrando, ansioso por detectar entusiasmo en su rostro.

—¿Me viste cara de pendejo?

—¿Por qué?

—La alusión es tan evidente que hasta un niño la pesca —ahora fue Hildebrando el que bebió hasta apurar la botella—. Además no quiero meterme en líos con nadie; ya me veo: el Rushdie emplumado. No estoy para eso; mí búsqueda es puramente literaria, sin compromisos que la corrompan.

—Pero muy bueno para hacerle odas al gobernador.

Hildebrando vio que Adalberto se ponía en pie y se marchaba. ¡Síguelo!, le gritó una voz por dentro. ¿Quién va a pagar las cervezas de amor y paz? Pero tuvo miedo de armar un escándalo, de parecer un imbécil corriendo detrás, y no obstante sus bolsillos vacíos, cerrando los puños lo dejó partir.

Al día siguiente las cosas no fueron mejor. Estuvo toda la mañana sentado en la misma mesa, bebiendo agua y haciendo garabatos en el cuaderno sin que nadie se le acercara, salvo Odilón.

—Si no consumes te tienes que ir —le advirtió, y le explicó que de cualquier modo, aun chupándose una Coronita por minuto, no estaba muy convencido de permitirle colgar el letrero. El mal ejemplo podría extenderse y al rato llegarían plomeros, albañiles, abogados y hasta médicos a colgar sus letreros con horarios, tarifas y especialidades. SE DESTAPAN CAÑOS / DEFIENDO TRABAJADORES DESPEDIDOS / SE PONEN INYECCIONES—. ¿En qué se convertiría mi negocio?

Hildebrando volteó a ver su propio letrero y quiso recordar a algún colega que hubiera hecho algo parecido en otra cantina, pero apenas le alcanzó la cabeza para imaginar a Carlos Fuentes en La Ópera, de la mano de Candice Bergen.

—El muy ojete —dijo para sí—, con esa vieja hasta yo escribo una *Terra nostra*; y capaz que la mía sí se entiende.

Concibió un libro titulado *Lontananza*, en el que narraría las andanzas de un escritor que entra a un bar y cuelga un letrero en busca de temas. Pensó a su vez que un director convertiría su libro en una película titulada *Los apuros de un escritor*.

Era la única idea que hasta el momento le había entusiasmado y se le fue el tiempo tomado de ella. Sin embargo no se ponía de acuerdo

sobre narradores, tonos, tiempos y demás. *El escritor entró al bar. No. El escritor entra al bar. No. Entro al bar. No. Entrarías al bar. No. El bar estaba vacío.* Con un carajo.

En esas andaba cuando se acercó un hombre.

—Si quieres escribir algo realmente importante, yo te puedo dar información.

Hildebrando levantó la vista al escuchar la voz profunda y pausada. Vio a un hombre viejo, con una mezcla extraña de fortaleza y cansancio.

—Lo escucho —dijo.

—¿No me invitas a sentarme?

Imaginó al viejo pidiendo un par de cervezas y luego yéndose sin pagar.

—Todavía no —dijo Hildebrando— primero dígame de qué se trata.

El hombre no hizo caso y se sentó. Sacó un pañuelo del bolsillo de la camisa y secó una capa de sudor en su frente a punto de gotear.

—Conozco la verdadera identidad del Blue Demon —dijo.

Hildebrando cerró su cuaderno.

—No sabía que fuera un secreto.

En silencio, el hombre desmenuzó una servilleta.

—Es cierto —dijo decepcionado—, tal vez ya no sea secreto.

—Y en todo caso —dijo Hildebrando—, no creo que sea importante.

El hombre se puso en pie y se retiró con paso lento. Su voz baja pero audible alcanzó a decir:

—Tienes razón, tal vez ya no le importe a nadie.

Apenas salió del Lontananza, entró Adalberto, aprovechando el impulso que le dio el hombre a la puerta.

—Ahí estás —dijo señalando hacia Hildebrando.

—¿Qué? ¿Tiene otra historia de ciencia ficción?

Adalberto pidió un par de cervezas y se sentó.

—Mira —dijo—, acepto que lo que te conté ayer puede parecerse en algo a lo de Kennedy...

—Kennedy mis huevos —interrumpió Hildebrando.

—...pero ahora te voy a contar una historia sobre un sacerdote que sabía más de la cuenta.

Hildebrando lo miró con desconfianza. El Güero trajo las dos cervezas.

—O las pagas por adelantado —advirtió Hildebrando— o no escucho nada.

Adalberto fue a la barra para entregarle un billete a Odilón y de inmediato volvió para comenzar su relato:

—Trata de un curita que durante algunos años ha sido el confesor de

la mujer del alcalde, y así se entera de toda la corrupción que hay en la política local. Como no puede violar el derecho de confesión, decide hacer unas investigaciones por su cuenta, y así llega a acumular la misma información que le daba la señora, pero ahora nada le impide denunciar al alcalde.

—¿En una isla imaginaria?

—No, Hildebrando, ésta es otra historia —dijo un trago a la cerveza—. El sacerdote se espanta cuando advierte que el párroco está confabulado con el alcalde en esos negocios; y como se corre el chisme de que anduvo haciendo preguntas y enterándose de lo que no debía, una mañana lo machetea frente a la central de autobuses.

Hildebrando golpeó la mesa con la mano abierta.

—Sí, claro —dijo—, y dicen que fue un accidente, que lo confundieron con Chucho el Roto.

—No exactamente —dijo Adalberto—. Si fuera tan simple yo mismo escribiría la historia. Ocurre que aquí el asunto se multiplica con cientos de personajes y con decenas de hipótesis sobre lo que ocurrió.

Por un momento Hildebrando se entusiasmó con el proyecto; pensó en una novela con varias voces encontradas, narradores omniscientes, equicuentes y deficientes; y narradores omniscientes que se hacen los deficientes; personajes claves que aparecen en una página y desaparecen en la siguiente. También se le ocurrió meter dentro de los antagonistas a un nuncio italiano para emparentar su novela con las de Puzzo; pero aquí le vino una duda que lo decepcionó por completo: ¿qué hacer con una novela donde el protagonista está muerto y los demás personajes son antagonistas? No recordó que le hubieran enseñado eso en la escuela de escritores.

—Si tienes complejo de fiscal especial ve a la Pe Ge Erre —dijo Hildebrando—. A mí no me interesan tus hipótesis.

—Deja contarte el resto.

—Ya escuché suficiente —lo detuvo Hildebrando—. ¿De veras me ves tanta cara de pendejo?

Adalberto comprendió que estaba perdiendo su tiempo. Tomó ambas cervezas y las llevó a otra mesa, donde se puso a beber sin prisa.

Hildebrando retiró su letrero. ¿A quién se le ocurría? Probó la seña de amor y paz y Odilón llegó rápido con un par de Coronas.

—Así me gusta —dijo—, consumiendo y sin letrero serás siempre bienvenido.

También bebió con lentitud. Esperaría hasta que Adalberto saliera porque se le ocurrió que irse antes era tanto como exhibir su derrota. Abrió su cuaderno y fingió que escribía, pasando la pluma por sobre los trazos de proyectos anteriores. Entre trago y trazo descubrió un

calendario que colgaba a un costado de la puerta del baño. No le llamó la atención la gringa descolorida con cerveza en mano, sino la fecha: agosto 27. En cuatro días comenzaría septiembre, mes de la patria. Pensó en sus versos a Hidalgo, Allende, Morelos; al grito de Dolores, al abrazo de Acatempan y a las agallas del Pípila. Muchos los sabía de memoria y los repasó en silencio, con el tono heroico para el que fueron escritos. Entonces le vino un renovado entusiasmo por las palabras, tal como lo sentía antes de que le informaran que la rima estaba muerta y sepultada. Buscó en su cuaderno una hoja en blanco. Aún le quedaban algunos héroes sin versificar, y se dijo que no había muerto ni sepultura que se resistieran al talento. Levántate y anda, decretó en su cabeza, se persignó con la misma mano que sostenía la pluma y comenzó a escribir.

¡Oh! desventurada patria la mía

*Que pagó con santa sangre de niño
La intromisión de un extraño enemigo
Porque en Chapultepec parque no había*

4

LA CALLE SE ENCONTRABA MUY VACÍA para ser media mañana. Rubén insertó con prisa la llave de la puerta porque el teléfono estaba sonando. Tan pronto abrió se abalanzó hacia el aparato sobre el mostrador.

—La Brocha Gorda a sus órdenes.

—Disculpe —dijo la voz al otro lado—, me equivoqué.

Colgó la bocina. Desde que el negocio cayera en una irremediable cuestabajo, sus fantasías lo habían llevado a pensar que cada llamada telefónica podía traer la solución: un pedido millonario, un contrato para pintar mil casas o la raya central de una nueva carretera que atravesaría el país, una gran fábrica de muebles en busca de laca, el departamento de tránsito que había decidido pintar de amarillo todas las áreas de no estacionarse.

Los cobradores, en cambio, nunca llamaban por teléfono. Hacerlo era como poner a la presa sobre aviso y darle tiempo para correr o esconderse. No anticipaban su presencia más que con el tronar de sus motocicletas, casi cuando ya estaban ahí. Todos eran iguales, vinieran de parte del banco, de los proveedores, del gobierno o del rentero. Vestían una camisa blanca, con tres botones abiertos y tan rala que un poco de sudor bastaba para revelar vellos y tetillas. Todos parecían conducir la misma moto, guardar sus papeles en el mismo estuche azul marino y usar los mismos lentes oscuros con pretensiones de Ray Ban.

Dos horas antes lo había visitado uno.

—¿El señor Rubén Soto?

Y Rubén respondió como lo hacía con todos:

—De momento no se encuentra. ¿Algún recado?

—Vengo de Pimsa. Dígale que si para el viernes no paga, sus cuentas se van al departamento jurídico.

—Bien, yo le digo.

Seis meses atrás contaba con la ayuda de un empleado, lo que le permitía abrir el negocio de ocho de la mañana a ocho de la noche. Ahora lo cerraba cada vez que salía a su casa o al banco o a realizar cualquier trámite. Y fuera su ausencia de cinco minutos o de todo el turno, no variaba el letrero de la puerta: VUELVO AL RATO. Un letrero

que, por lo general, nadie leía.

—Mundo —le dijo el día que lo desocupó—, no tengo para tu sueldo.

—Ya lo sé —dijo Mundo—, tiene dos meses de no pagarme.

Durante ese tiempo Mundo nunca le exigió su salario. Se había acostumbrado a ver en Rubén no un patrón, sino un amigo, pues era tanto el ocio que raramente recibía una orden y, en cambio, ambos se la pasaban conversando, jugando naipes y dominó, e inventando formas para sobrevivir la jornada.

En un momento de escrúpulos, cuando ya Mundo había recogido sus cosas, Rubén agregó:

—Te prometo que cuando las cosas mejoren te pago tus dos meses y tu liquidación.

Pero no había modo de pensar que las cosas mejorarían.

—No se preocupe, señor, al cabo yo no mantengo a nadie.

—Y si quieres —dijo Rubén—, hasta te vienes otra vez a trabajar conmigo.

Mundo no respondió. Cruzó la calle y se sentó en el filo de la banqueta. A los pocos segundos se detuvo una pesera. Cuando Rubén la vio arrancar y perderse en la distancia deseó de todo corazón poder marcharse igual que Mundo.

El teléfono volvió a timbrar. La voz que Rubén escuchó al otro lado de la línea le resultó más decepcionante que el número equivocado. Era Clara, su mujer, y Clara nunca hablaba para algo bueno.

—¿Rube?

—Sí, dime.

—Te tengo malas noticias.

Él se mantuvo en silencio. Le aburrían los artificios que su mujer empleaba para iniciar una conversación en vez de ir directamente al asunto.

—¿No me vas a preguntar qué?

Rubén supuso que se trataba de dinero. ¿De qué otro asunto se ocuparía Clara? Luego pensó en que por fin se hubiera muerto la tía Encarna, pero no la consideró una mala noticia.

—Qué poco te importa lo que nos ocurre —reclamó Clara.

—De acuerdo —dijo Rubén para evitar una discusión—, cuéntame qué pasa.

Clara ya había cambiado de opinión.

—Ahorita no, te lo digo cuando vuelvas a la casa.

—Como quieras, pero tengo que cortar porque llegó un cliente.

Por lo general esa frase era un truco para terminar conversaciones. Esta vez, en verdad había una mujer en el quicio de la puerta

sosteniendo el muestrario de una marca rival.

—Oiga —dijo la mujer—, ¿tiene pintura Berel?

Rubén estaba harto de esa pregunta. Todos los que entraban por esa puerta querían pintura Berel y no la basura que él vendía.

—No, señora, nada más tengo Cope.

La mujer iba a darse la media vuelta cuando Rubén soltó su frase tan estudiada:

—Cope le da la misma calidad a mitad de precio.

Las manos de Rubén temblaron con los truenos de una motocicleta que se aproximaba. La mujer se mantuvo inmóvil mientras medía las intenciones del hombre tras el mostrador.

—¿Me lo asegura?

Rubén asintió con alivio. La motocicleta se había seguido de largo.

—Mire —dijo la mujer señalando el muestrario—, quiero tres cubetas de un color como éste.

Ahora necesitaba salvar el segundo obstáculo: Berel venía en treintaiséis colores, mientras que Cope, sólo en doce. Rubén no podía venderle un color como ése. Son unos pendejos los de Cope, afirmaba, no saben que nomás los huevos se venden por docena. En tanto planeaba una estrategia, notó que la mujer se hacía más consciente del local. Por ningún lado se veían cubetas de pintura, si acaso un anaquel con latas de medio litro. En la pared, un anuncio de lámina rezaba PINTA TU ÉXITO CON BROCHAS ÉXITO, y del exhibidor sólo pendían dos brochas del número tres. Las pocas lijas ya se habían pandeado con la humedad y el piso mostraba una capa de polvo de al menos dos semanas sin barrer.

—Mucha gente se queja de ese color —dijo Rubén— porque una vez que se aplica se ve mucho más oscuro.

Había en su voz algo de fragilidad que inspiraba confianza. La mujer preguntó:

—¿Entonces qué me recomienda?

Rubén sacó el muestrario de Cope y señaló uno de los colores.

—Mejor llévese el café piñón.

—No sé —dijo la mujer—, yo quería algo más amarillito.

—Los tonos amarillos acaban por cansar la vista.

Se congratuló por su respuesta y sólo se arrepintió de no haberla inventado antes. Le pareció una forma efectiva de disuadir a cualquiera, y que se podría emplear para todos los colores.

—¿Lo tiene en existencia?

—¿Por qué me pregunta eso, señora?

—Es que veo tan vacío su local...

Rubén sonrió.

—Prefiero guardar todo en la bodega —señaló hacia el acceso cubierto con una cortina que tenía a sus espaldas.

Volteó hacia atrás y gritó:

—¡Mundo, tráeme tres cubetas de café piñón!

—Espérese —dijo la mujer—, todavía no me dice el precio.

—¿De las tres o de cada una?

—El total.

Rubén abrió un cajón y extrajo la lista de precios. Odiaba abrirlo porque era igual a ver el montón de cuentas vencidas; sólo el recibo del teléfono tenía sello de pagado.

—¿Va a querer brochas o rodillos?

La mujer negó con la cabeza. Ya no parecía tan dócil como un minuto antes.

—¡Mundo! —gritó de nuevo.

El teléfono comenzó a timbrar. Una, dos, tres veces y Rubén no se movió ni quitó los ojos de la lista de precios. En un trozo de cartón se puso a escribir cualquier serie de números que le viniera a la cabeza. Primero el año de su nacimiento, luego el último sueldo que cobró mucho tiempo atrás cuando trabajó para una fábrica de refrigeradores. En tercer lugar escribió su código postal. El teléfono insistía. Para Rubén, más de cinco timbrazos eran una falta de educación y hasta ese momento iban once. La mujer avanzó hacia el aparato como tentada a responder. Por fin dijo:

—¿No va a contestar?

Rubén estaba seguro de que era Clara. No se habría aguantado las ganas de contarle la mala noticia ni de preguntarle si, ahora sí, el cliente le había comprado algo.

—No —dijo Rubén—, yo le doy preferencia a la gente que se toma la molestia de venir, no a la que marca un número.

Timbró catorce veces y se silenció. Rubén metió la lista al cajón.

—No sé qué le pasa a este muchacho. Ha de estar hasta el fondo de la bodega y no me escucha.

Le pidió a la mujer que lo esperara y se metió tras la cortina. La supuesta bodega era un pequeño cuarto con escritorio y baño. Había un bulto de estopa y una caja llena de botellas vacías, principalmente de tequila, en las que se despachaba el adelgazador. Sólo eso. Lo más próximo a Mundo era una camiseta de los Vaqueros de Dallas con el número ochenta que pendía de un clavo en la pared, su camiseta de trabajo que decidió dejar porque, a fin de cuentas, ya no tenía trabajo. Rubén volteó a ver su reloj para medir la paciencia de la mujer. No fue mucha; antes de dos minutos escuchó que le gritaba:

—¡Oiga!

No respondió. Sólo quería que se fuera, que lo dejara solo, que no le anduviera preguntando estupideces sobre precios y colores de pinturas. A esa hora, el cuarto era un sitio sofocante; el sol calentaba el techo como si fuera una parrilla y no había ventanas para que circulara el aire. Primero le sudó la frente; después, las axilas y las manos. Que se vaya al demonio, que me deje en paz. A los tres minutos la oyó caminar hacia la salida. Luego escuchó que el auto arrancaba. Cada vez la gente tiene menos paciencia, se dijo. El cliente de ayer aguantó siete minutos.

Salió casi detrás de ella, esperando sólo lo suficiente para no ser visto, y cerró la puerta luego de colocar el letrero: VUELVO AL RATO.

Entró en el Lontananza, se sentó en la barra y pidió una cerveza. Mientras la bebía, observó con envidia a Odilón. Él sí tenía un negocio próspero con clientes a cualquier hora y con la libertad de vender las marcas que quisiera. Además, todos los que entraban por esa puerta aceptaban sin remilgos cualquier trueque. “Deme un Presidente.” “Nomás tengo Viejo Vergel.” “Bueno, déme de ése.” Adentro del Lontananza no importaba que todo fuera blanco o negro o azul. Y por si fuera poco, los clientes no cuestionaban precios ni revisaban las notas a conciencia. Ése sí era un negocio noble. ¿Por qué carajos, se preguntó Rubén, fui a poner una tlapalería y no una cantina?

Llamó a Odilón. Por las botellas vacías que le compraba para el adelgazador, Rubén sabía que en el Lontananza manejaban tres marcas de tequila: Sauza, Herradura y Cuervo.

—Tráigame una botella de Orendáin —dijo.

—No tenemos —dijo Odilón—, pero si gusta le puedo traer...

—Orendáin o nada —interrumpió Rubén.

Ambos se miraron fijamente por unos instantes. Rubén pudo adivinar la rabia del cantinero cuando éste le respondió:

—Nada.

Entonces sonrió y se retiró satisfecho, sintiéndose con el derecho de no pagar la cerveza. Odilón no hizo el intento de ir tras él.

Rubén volvió a su negocio. Antes de entrar escuchó que otra vez sonaba el teléfono. No se apresuró en abrir la puerta; quiso saber si su mujer lo dejaría sonar más de catorce veces. Sin embargo, de pronto se le ocurrió que tal vez no era Clara y corrió hacia la bocina. Sólo escuchó el tono de marcar, y sin demora lo aprovechó para llamar a su casa.

—Clara.

—Dime, Rube.

—¿Para qué me llamaste?

—Ya te dije, una mala noticia, pero me espero a que vuelvas.

—Sí —dijo Rubén—, eso fue la primera vez.

—La única —respondió ella.

Hubo un largo silencio. Él colgó la bocina sin despedirse. Pensaba en una carretera que cruzaría el país de norte a sur, una carretera de cuatro carriles que necesitaría no sólo raya en medio sino una en cada extremo.

—¡Mundo! —gritó—. ¿Por qué no lo contestaste?

Por las sombras supo que ya pasaba de mediodía. No le quedaba sino esperar el resto de la tarde, a que aquella persona, fuera quien fuera, volviera a comunicarse.

Intentó eludir el aburrimiento de varias formas. Durmió una siesta, pero el calor lo despertó. Compró el diario de la tarde y lo leyó de cabo a rabo, incluyendo la programación televisiva y el aviso oportuno. Intentó resolver el crucigrama de la penúltima página pero se dio por vencido en el siete horizontal: Especie de instrumento musical que se hace con una calabaza que tiene piedrecitas dentro. Consultó el crucigrama resuelto al pie de la página y encontró que era la solución al del día anterior. Entonces lo arrojó al suelo, irritado, y salió a la calle a jugar a las biografías. Junto con Mundo solía emplear este recurso para resistir el hastío.

Pasó una mujer obesa. Tendría unos cuarentaicinco años y llevaba una blusa sin mangas desde donde asomaban unos brazos descomunales. En el izquierdo se distinguía, como un sello brillante y blancuzco, la cicatriz de una antigua vacuna. Estiraba constantemente su falda hacia abajo porque cada tres o cuatro pasos se le trepaba por encima de las rodillas.

Desde niña es igual de gorda, pensó Rubén. Sólo que entonces tenía sueños de ser cantante. Su mamá la ponía a cantar en fiestas familiares, ante el disgusto de los tíos y las tías. Por supuesto nunca le brotó una voz a la altura de sus sueños, y con ese cuerpo ni quién se atreviera a presentarla en televisión.

Rubén canceló sus pensamientos de un tajo. Los sintió muy planos y sin originalidad. No le servía el fracaso de los demás sin alguien con quien compartirlo. De haber estado Mundo, entre los dos hubieran desarrollado toda su vida: algún motivo que le vedara el derecho a la felicidad; luego su matrimonio con un hombre viejo, enfermo y sin dinero, que no buscaba la compañía de una mujer sino los cuidados de una enfermera; su costumbre de cantar todo lo que escuchara en la radio, incluyendo los *jingles*; su frustración porque el marido se le murió tan pronto que no hubo oportunidad de concebir un hijo.

Perdió de vista a la mujer cuando dio la vuelta en una esquina. No es divertido jugar solo a las biografías, pensó, y cuando entró de nuevo en el local también pensó que tal vez nunca había sido divertido, pero con Mundo al menos había modo de engañarse y de fingir la risa.

El alumbrado público se activó y los coches comenzaron a circular con los faros encendidos. Rubén supo que era hora de partir, de volver a casa para conocer las malas noticias que su mujer le había preparado. VUELVO AL RATO, leyó, y se preguntó si tendría ánimos para volver al día siguiente.

Se alejó lentamente del local, aguzando los oídos por si escuchaba un último llamado del teléfono. Cruzó la calle y decidió sentarse un rato en el borde de la banqueta para contemplar desde ahí su negocio. Vio el letrero de lámina que decía LA BROCHA GORDA bajo una gran brocha que trazaba un arco iris, las ventanas que multiplicaban el logotipo de Pinturas Cope y el toldo rojo y blanco desde el que colgaba la frase MÁS CALIDAD POR MENOS PRECIO. Un taxi le interrumpió la vista al detenerse frente a él. El chofer aceleró varias veces sin arrancar, dirigiéndole una mirada solícita.

—No voy —dijo Rubén, y se echó a caminar.

Luego de dos cuadras escuchó voces en una casa. Eran dos mujeres, aparentemente madre e hija, porque una le reclamaba a otra las malas calificaciones que había obtenido y la amenazaba con no permitirle ver más telenovelas. La otra se explicaba diciendo que los maestros la traían contra ella y que las telenovelas eran las menos culpables. Rubén dudó por un instante antes de tocar la puerta.

La discusión se silenció de inmediato. No obstante, pasó un largo rato antes de que le abrieran. Primero se encendió un foco sobre la puerta, luego rechinaron los goznes.

—¿Sí? —asomó la cabeza una muchacha de algunos quince años.

—Disculpe —dijo Rubén—, ¿tiene pintura Berel?

La muchacha no supo qué contestar, sólo miró con ojos incrédulos al hombre que tenía enfrente. Entonces la puerta se abrió más y dejó ver la figura de una mujer malhumorada.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Dice que si tenemos pintura Berel —respondió la muchacha.

La mujer subió la voz con tono más amargo que cuando prohibió las telenovelas.

—Lárguese o le hablo a mi marido.

Por el dejo de alarma en la señora Rubén supo que no era sino una amenaza, que ese marido, de existir, estaba muy lejos.

—Me voy porque quiero —dijo Rubén—. Porque no tiene Berel.

Caminó hasta la siguiente cuadra y de nuevo se detuvo frente a otra casa. Esta vez no la eligió porque escuchara gritos dentro sino por el aspecto leproso de su fachada. La pintura rosa se había vuelto un polvo que se iba desprendiendo con cada viento y lluvia y dejaba ver el gris del enjarrado. Rubén talló el muro con la mano y luego se chupó los

dedos cubiertos con el polvo rosa. No le cupo duda: era Cope, del color que en el muestrario llevaba el nombre de rosa talismán. Todos habían sido bautizados con nombres que en ese momento le parecieron absurdos: el azul encanto, el blanco ostión, el gris europa, el verde esperanza y el verde ensueño, el café piñón y el café terrenal.

Tocó varias veces sin que nadie le abriera y entonces, con la seguridad de que no había nadie en casa, se puso a dar de patadas contra la puerta metálica. En eso vio que al otro lado de la calle venía la mujer de la vacuna. La cantante, pensó.

—Cánteme algo —susurró. Hubiera querido gritarlo, pero le faltó el aire tras el esfuerzo de las patadas.

La mujer captó que Rubén le había hablado y se detuvo.

—No le escuché —dijo.

Su voz resultó mucho más dulce de lo que Rubén hubiera imaginado. Se le ocurrió que tal vez la mujer iba de vuelta a casa, donde encontraría un marido amoroso y dos o tres hijos que le besarían la mejilla. Tal vez nunca quiso ser cantante y tal vez nunca deseó nada fuera de sus posibilidades. La vio cruzar la calle y acercarse.

—¿Qué se le ofrece, señor? —preguntó—. ¿Necesita algo?

Tan amable, tan dulce, tan cerca se volvió fastidiosa; al punto que Rubén no pudo sobrellevar su presencia. La ignoró, se dio la media vuelta para tocar de nuevo la puerta y se mantuvo de espaldas hasta asegurarse de que se había ido. Poco le importó que no le abrieran; al fin faltaban varias cuerdas para llegar a su casa y quedaban muchas puertas por tocar. Además, haría una escala en el Lontananza. Nada le sería tan reconfortante como gastar el último dinero en un trago que le diera la paciencia necesaria para enfrentarse a la mala noticia de Clara, al teléfono que no suena, al muestrario de doce colores, a la camiseta número ochenta de los Vaqueros de Dallas, a las mujeres de voz dulce. Qué más daba si le servían Orendáin o Sauza o lo que fuera; ahora lo verdaderamente importante era hacer rendir su dinero, más cantidad por menos precio, ande, Odilón, tráigame lo que sea, del más barato, aunque sea tan corriente como la pintura Cope, aunque luego tenga que pagar por la botella vacía para llenarla de adelgazador y taparla con un trozo de periódico enrollado con un crucigrama a medio resolver.

Rubén miró el largo de la calle y las luces rojas de un auto que se alejaba, y se preguntó si acaso las maracas eran instrumentos musicales hechos de calabazas con piedras dentro.

5

ALBERTO SINTIÓ UN ESTIRÓN EN EL saco cuando se disponía a entrar en el Lontananza.

—¿Qué quieres, niño? —dijo molesto.

Hubiera jurado que la calle estaba vacía. Por eso se molestó, porque se había asustado.

—Lotería, señor.

—No, gracias, ahora no.

—Ándele, señor, no he vendido ni uno.

Ya conocía Alberto esa frase. Se la escuchaba a los niños cuando vendían chicles o paletas o lotería o lo que fuera, y odiaba que usaran esas mañas para hacerse de un cliente. Alberto mismo era vendedor de enciclopedias y, cuando tocaba una puerta, lo último que pensaba era decirle al posible comprador “ándeale, no he vendido...”

—Te digo que no.

—Hoy juega, señor, son diez millones.

El cambio de estrategia le pareció más respetable, sin embargo nunca había creído en el azar. Toda la vida estaba escrita y no había modo de cambiar las cosas.

—Yo no te voy a comprar, pero espérate un rato y verás que viene alguien a comprarte toda la serie.

—¿De veras? —dijo el chico entusiasmado.

—Sí, hombre, nomás siéntate aquí en la banqueta y ten paciencia.

Alberto empujó la puerta del Lontananza y volteó hacia atrás para preguntar:

—¿Qué número traes?

El chico estaba débilmente iluminado por la luz amarillenta del arbotante. Con un pie dentro y el otro fuera del establecimiento, Alberto tuvo que ignorar el bullicio y la música para escuchar la respuesta:

—El 29353.

29353, se repitió Alberto varias veces para memorizarlo. Tiene dos treses: en medio y al final. El cinco menos tres me da dos, que es el primer número. Y el nueve... ¿Qué hago con el nueve? Tendría que multiplicar el dos por el tres del medio y sumarle el tres del final. O elevar al cuadrado el dos y sumarle el cinco y... Creo que mejor lo

memorizo sin lógica. 29353 siguió repitiendo hasta llegar a la mesa donde estaba Carlos.

—Quiubo, Alberto.

—Qué tal, Carlos. ¿Cómo va todo?

—Más o menos.

Era una respuesta común en Carlos; él nunca contestaba con el habitual “bien”, porque era tanto como negarse a hablar de sus problemas. Hacía un año que, por conflictos sindicales, los gringos habían cerrado la ensambladora de televisores. Desde entonces Carlos estaba sin empleo. Para los cientos de obreros despedidos, la situación no fue muy grave: ganaban el salario mínimo y ése lo consiguieron con cualquier otro empleo. Carlos, en cambio, era ingeniero y no le resultaba fácil obtener un sueldo como el que tenía en la ensambladora. Trabajó un par de meses como vendedor en una zapatería, pero terminó por renunciar porque le parecía muy vergonzoso estarse inclinando para poner y quitar zapatos. Visitó los pocos lugares donde podrían solicitar un ingeniero y les entregaba solicitudes en las que se inventaba experiencia e incluso falseaba su edad y entregaba fotografías viejas, de cuando tenía menos canas.

La verdad, decía Alberto a espaldas de Carlos, es bastante malo como ingeniero, pero con los gringos le iba bien porque sabe hablar inglés.

—¿Ya conseguiste trabajo?

—¿Quién quiere contratar a un viejo como yo?

—No digas eso, Carlos, que somos de la misma edad.

—Un par de viejos, eso somos.

Vivía gracias al sueldo de su mujer, Adelina, una enfermera mucho más joven que él.

Diez años antes, su matrimonio resultó asombroso para los conocidos. Una muchacha de veinte años con un hombre que le doblaba la edad. Más del doble. Los amigos cercanos bromeaban sobre la fidelidad de Adelina, y Carlos entonces sabía reír y aseguraba que su mujer nunca le faltaría. Poco a poco las bromas fueron cesando para dar paso a los elogios y todos terminaron por aceptar que formaban una buena pareja, e incluso Alberto llegó a decir que los envidiaba.

—Pues yo no me siento tan viejo.

—Ya veremos el día que te dejen sin trabajo.

Bebieron tres rondas de cerveza. Permanecían en silencio hasta vaciar las botellas y volvían a conversar mientras esperaban la siguiente ronda. Nada nuevo. Casi todo se centraba en los problemas personales y Carlos actuaba como si tratara de demostrar que era el hombre más desgraciado del lugar. Si Alberto comentaba que le calaban los zapatos,

Carlos decía:

—Yo tengo un dolor insoportable en la vejiga.

Si Alberto hablaba de que se había desvelado hasta las tres de la mañana, Carlos decía:

—Yo no pude pegar el ojo en toda la noche.

Aún así Alberto se entretenía y disfrutaba esas charlas. Los amigos, a fin de cuentas, son para confiarse sus problemas.

—¿Qué harías con diez millones?

A Carlos le gustaba soñar. Le era sencillo brincar de sus desvelos y dolores de espalda a un rancho de cientos de hectáreas lleno de ganado calidad exportación y una casa de tres pisos y un escritorio de caoba desde donde pudiera dar órdenes. Por las mañanas recorría sus propiedades montado a caballo y, cuando quería ir a la ciudad, arrancaba a gran velocidad en su pick-up de llantas descomunales para dejar una estela de polvo visible desde varios kilómetros a la redonda. Dijeran lo que dijeran, el dinero sí era la felicidad.

Y aunque Carlos no le devolvió la pregunta, Alberto habló sobre un viaje que haría por todo el mundo, pero sin mencionar ciudades específicas. Antes de partir prendería una gran fogata con el *Tesoro de la juventud, México a través de los siglos* y las demás enciclopedias.

—Por cierto, Carlos, quiero que te aprendas un número.

—¿De teléfono?

—No, de lotería.

—Pero yo tengo muy mala memoria.

—No importa, si quieres apúntalo.

—A ver, dime cuál es.

—El 29353.

—No me gustan los nones.

El Güero se acercó a preguntar si querían tomar algo más. Pidieron otras cervezas.

—Qué más da, no es para ti. Nomás apréndetelo y revisa mañana en el periódico si resultó ser el ganador.

Llegó otro par de cervezas frías. Las botellas comenzaron a sudar. Carlos también.

—A lo mejor llueve —dijo Alberto—, mira cómo sudan las botellas.

Ese comentario hizo consciente a Carlos de que el ambiente dentro del Lontananza comenzaba a asfixiarlo. Se desabrochó dos botones de la camisa y se la arremangó.

—Además —dijo Alberto para continuar una conversación dejada más atrás—, ¿cómo puedes sentirte viejo con una mujer como Adelina?

—Tal vez ella agrave las cosas. Muchos piensan que es mi hija.

—Eso tiene arreglo —dijo Alberto con una sonrisa—. Cuando

quieras te la cambio por mi Toña.

Carlos volteó hacia la puerta para pretender que no había escuchado. Alberto entendió lo desatinado de su comentario y quiso alisar el terreno.

—Igual no voy a ningún lado. Lo meto al banco y me dedico a calcular intereses.

—¿Compraste ese número?

—Me lo ofreció un niño en la calle, pero no me interesó.

Carlos dio un trago a su cerveza. Palpó sus bolsillos en busca de cigarros, a sabiendas de que los tenía vacíos, pero con la intención de obligar a Alberto a ofrecerle uno. Alberto permaneció en silencio.

—Tengo una teoría —dijo Carlos.

—¿Sobre?

—En esta vida todos tenemos una cuota de buena y de mala suerte, y al final, la suma de ambas se equilibra.

—Esa idea no es tuya —dijo Alberto—. Ya la había escuchado.

—Lo que quiero decir es que toda la vida he tenido muy mala suerte. Como que ya va siendo tiempo de que me ocurra algo bueno.

—¿Cómo dices eso? Tienes a Adelina.

—¡Adelina! Siempre la traes en la boca, me haces pensar que la quieres para ti.

Ahora fue Alberto el que volteó hacia la puerta.

Pasaron un rato en silencio, hasta que Carlos dijo:

—Termina en cincuentatrés.

—¿Qué?

—El número.

Alberto estaba repasando las palabras de Carlos. Siempre la traes en la boca. Adelina. ¿Cómo le habrá hecho este cabrón?, se preguntó. ¿Qué le dio?

—Es mi edad.

—Hasta el mes que entra —dijo Alberto.

—Y me llamo Carlos. Comienza con la tercera letra del abecedario.

—¿Qué importa? Si le buscas, vas a encontrar que estás relacionado con cualquier número.

—Sí, Alberto, ¿pero sabes qué pasaría si mañana reviso el periódico y resulta que el 29353 se ganó el premio mayor?

—Nada, todo seguiría igual.

—Sería terrible: todo igual.

—La semana pasada te dije que en Grolier querían un vendedor, y ni te interesó.

—Nomás los limosneros tocan de puerta en puerta.

—Mejor eso que andar de mantenido.

Carlos tomó la botella y bebió su contenido de un tirón.

—¿Dónde viste el número?

—Ya te dije. Me lo quería vender un niño allá afuera. Ya ves que aquí no dejan entrar a menores de edad.

—Espérame aquí —dijo Carlos, y salió con prisa.

Alberto bebió con calma su cerveza y pasó el índice sobre un rodete de agua en la mesa para dibujar una A.

—Afuera no hay nadie —Carlos volvió inquieto.

—Qué raro —dijo Alberto—, hace rato estaba sentado en la banqueta.

—¿Y a dónde fue?

—Yo qué sé, igual vendió los billetes y se fue para su casa.

—No, Alberto, no puedo tener tan mala suerte. Ayúdame a buscarlo. Tú lo viste. De seguro lo puedes reconocer.

—Hombre, Carlos, no te alteres. Ya verás que gana otro número.

—¿Cómo iba vestido?

—Ni me fijé.

Carlos se sentó resignado. Al ver la A dibujada en la mesa, trazó una C con el rodete de su cerveza. Lo hizo sin pensar, por mera imitación. Volteó de nuevo hacia la A y se preguntó si era de Alberto o de Adelina. En un movimiento rápido borró ambas letras con una servilleta.

—Ayúdame, Alberto. Tengo una corazonada.

El viento silbó por entre las láminas del techo. Alberto vio a Carlos y su tono para pedir ayuda le recordó el “ándeale, señor, no he vendido ni uno”.

—Aunque quisiera no puedo.

—¿Por qué?

—¿Sabes qué horas son?

Un reloj de números romanos sobre el espejo de la barra dio la respuesta.

—Las ocho y diez.

—Ya debe haber devuelto los billetes que no vendió.

Otra vez Carlos se apresuró hacia la calle. En ese instante Alberto entendió que tendría que hacerse cargo de toda la cuenta y se arrepintió de su broma. Puso dos billetes sobre la mesa y siguió, con paso lento, la ruta hacia la puerta.

Carlos sabía dónde estaba la sucursal de la Lotería Nacional. Era una casona a espaldas del Cine Imperio, a unas seis cuerdas del Lontananza. Siempre volteaba, aunque fuera de reojo, para ver las carteleras del Imperio, plagadas de mujeres semidesnudas. Esta vez se siguió de largo sin respetar su costumbre.

Encontró la luz apagada y la puerta cerrada. 29353. Se asomó por

una ventana y apenas vio el contorno de un escritorio y un archivero. Las demás ventanas estaban cubiertas con cortinas anaranjadas. Se retiró sin siquiera oprimir el timbre. Desgraciados, dijo para sí.

Empezó a llover. Una lluvia leve, pero fría. Una lluvia que a lo largo de seis cuerdas lo mojó igual que un aguacero.

Entró en el Lontananza con una sensación de vacío similar a la que le vino cuando cerraron la ensambladora. ¿Y ahora qué?, era la pregunta sin respuesta.

—¿Qué le sirvo?

—Nada, gracias.

—Esto no es refugio contra la lluvia —dijo Odilón—. Algo tiene que tomar.

—Lo que sea —dijo Carlos.

Lo que sea fue un whisky con hielo. El hielo se derritió mucho antes de que Carlos lo probara. Pidió al cantinero que buscara en la radio la estación que transmite los sorteos de la Lotería Nacional, pero éste le dijo:

—Sería tanto como espantar a la clientela —y como retándolo, fue a echar una moneda a la sinfonola y seleccionó una pieza de música nortea.

Carlos no insistió ni se molestó. Ni siquiera estaba seguro de querer escuchar el sorteo. Había que sobrevivir la noche, hasta que aparecieran los periódicos con el 29353 o sin él. Se dijo que el resultado, fuera cual fuera, preferiría conocerlo con Adelina a su lado, no dentro de una cantina donde no había a quién abrazar, con quién desahogarse. ¡Dos! ¡Nueve! ¡Tres! ¡Cinco! ¡Tres! En la mente de Carlos retumbaba la voz chillona de los niños que a esa hora estarían anunciando los números ganadores. ¡Premio mayor, premio mayor, veintinueve mil trescientos cincuenta y tres!

Cuando salió del Lontananza ya no llovía, pero era difícil caminar por las calles enmoquetadas. Había que rodear o brincar charcos y los zapatos se tornaban más pesados a cada paso.

Rascó las suelas en la reja de su casa para removerles el lodo. Adelina estaba de turno en la clínica como todos los viernes. De cualquier modo, al entrar, preguntó en voz alta ¿dónde estás? Necesitaba una caricia que lo tranquilizara. No pasa nada, mi amor, ya verás que no pasa nada.

Esperó una hora tras otra. Sentado, inmóvil, sin ganas de pensar pero inevitablemente pensando. 29353. 29353. Su número telefónico comenzaba con 35. Su número de lista en la secundaria, lo recordaba bien, era el 29. Nació el día 9 del mes 5. Tenía tres hermanos...

De vez en vez se justificaba diciéndose que esa ansiedad no era sino

producto del cansancio y de lo que había bebido. A ratos le ganaba el sueño y dejaba caer la cabeza sobre el pecho. La posición le alcanzaba para dormir si acaso cinco minutos. Luego despertaba con un movimiento brusco, sobresaltado. Se quedó dormido en más de diez ocasiones y en todas ellas soñó la continuación de su vigilia: el número, el periódico, el vendedor de lotería, los niños chillones, premio mayor, premio mayor.

Se acercaba el momento, el amanecer. Las manos sudaron. Se puso de pie y fue hasta su ropero y tomó una corbata. Eligió la azul con motas amarillas. No supo por qué, pero ya con la corbata en la mano decidió anudársela. Se remojó la cara y salió a la calle, despeinado, con temblor en los ojos, con la camisa desfajada, mas con su corbata perfectamente anudada. A lo largo del horizonte comenzaba a pintarse una franja rosa. El lodo de la calle ya no se pegaba a los zapatos. No tardaría en romperse el silencio del ambiente ni tardarían los voceadores en aparecer con sus atados de periódicos. Adelina estaría saliendo de la clínica, checando su tarjeta con el gusto de no volver hasta el lunes, adiós, doctor, nos vemos, Adelina.

Se sentó en la plaza a esperar. Cruzó los brazos y los apretó para darse calor; la lluvia había enfriado la mañana. Primero se tendieron los puestos de tacos, luego pasaron los camiones de refrescos y de pan. ¿A qué hora?, se preguntó Carlos por enésima vez, aunque sabía que los sábados el periódico llegaba más tarde. Abrió la tortillería de enfrente y sonó el silbato de una fábrica.

Por fin apareció un muchacho con su cuota de diarios bajo la axila y Carlos lo llamó mientras sacaba su cartera.

Volvió a su casa sin atreverse a leer. La primera plana hablaba de un nuevo plan del presidente para acabar con la corrupción. Adelina, toda de blanco y con una taza de café, lo recibió con un beso.

—¿A qué saliste tan temprano?

Carlos la abrazó con fuerza, con la necesidad de un niño. El periódico cayó al suelo y unas gotas de café se derramaron sobre la cara del presidente. En ese momento sintió que liberaba gran parte de la tensión que se le había acumulado durante la noche.

—¿Qué te pasa?

Por sobre todo, a Adelina le intrigaba la corbata azul de motas amarillas.

Sin soltar el abrazo, como en un baile extraño, Carlos retrocedió hacia la recámara y se tumbó junto con su mujer en la cama. Adelina acomodó la taza sobre el buró.

—No lo sé —dijo—. Ojalá no nos pase nada.

Adelina supuso que Carlos quería hacer el amor. Ella se sentía

cansada, había sido una noche de mucho trabajo. Sin embargo se dijo que accedería a cualquier deseo de su marido con tal de no verlo alterado.

Sostuvieron el abrazo sin hablarse ni besarse ni acariciarse. Carlos se quedó dormido. Lo último que alcanzó a pensar antes de perder la conciencia fue que todo había sido una estupidez, que ya tendría tiempo para cobrarle la broma a Alberto.

Despertó con la voz de su mujer. No tenía idea de la hora, sólo distinguió que por la ventana se colaba una luz mucho más intensa que cuando se durmió. Adelina no estaba junto a él, su voz provenía de otra parte de la casa.

—Adelina —llamó sin obtener respuesta.

Caminó hacia el vano de la puerta. Desde ahí la divisó hablando por teléfono, recostada en el sillón de la sala y en ropa interior, blanca como siempre la usaba para que no trasluciera por su uniforme de enfermera. Escuchó una risa baja de Adelina, luego que mencionaba el nombre de Alberto.

Dio media vuelta y se miró en el espejo. No se explicó cómo se había atrevido a salir con esa corbata ni cómo se pudo dormir con ella. Se la quitó a tirones, tratando de recordar quién se la había regalado porque, estaba seguro, él nunca la hubiera comprado y su mujer tampoco. Un escalofrío le recorrió de la cintura a la nuca. Recordó la lluvia y pensó que no tardaría en resfriarse.

Escuchó de nuevo la risa baja de Adelina.

Se echó sobre la cama sin ganas de cuestionarse nada. Tras lo del número de lotería no quería cargar de nuevo con el peso de su imaginación. Cuando oyó que su mujer colgaba el teléfono cerró los ojos para hacerse el dormido.

Adelina volvió a la recámara, se metió entre las sábanas y lo abrazó larga y cálidamente. Le dio un beso, a medias en la boca y a medias en la mejilla.

—Alberto está loco —dijo—. Dice que eres un tipo con mucha suerte.

Carlos abrió los ojos y asintió a la fuerza y pensó que a su edad, sin empleo, con dolor en la vejiga y sin ánimo para abrir el periódico, por mucha Adelina de calzones blancos que tuviera a su lado, alguien tendría que enseñarle a diferenciar entre la buena y la mala suerte.

6

HÉCTOR SINTIÓ UN HILO DE SUDOR que le bajaba por la frente. Su primer impulso fue tomar una servilleta y pasársela por la cara, pero decidió esperar un momento; prefirió averiguar cuál sería el cauce de su diminuto río, que en ese momento ya se extendía hasta la ceja derecha. Ahí se contuvo un rato, como en una represa, sólo mientras acumulaba la fuerza suficiente para escurrir muy cerca del lagrimal, hacia la nariz. Héctor experimentó un cosquilleo que finalmente lo forzó a tomar la servilleta.

—Qué jijo calor —dijo—. Si al menos la cheve estuviera fría.

Besó el pico de la botella y echó la cabeza hacia atrás. Con cada trago iba creciendo la espuma dentro del cristal. Observó con rabia el ventilador apagado y pensó que, aun siendo las nueve pasadas, el techo de lámina seguiría caliente como pavimento de mediodía. Poco antes se había parado sobre la silla para tratar de alcanzar la cadena del ventilador. Desde la barra Odilón le dijo que no funcionaba. Héctor le respondió que ya lo sabía y se puso a estirar la cadena con ganas de romperla.

—Qué calor —repitió.

Hizo bola la servilleta húmeda de sudor y la arrojó hacia la sinfonola, descompuesta también, porque aunque no tenía ni un mes de instalada, desde hacía dos semanas la máquina sólo tocaba el disco de la posición A1. Héctor se puso a cantar mentalmente *Magia blanca tú tienes, me has hechizado a mí, con tu mirada coqueta...* y se interrumpió cuando escuchó el ruido de una botella que se quebraba.

—No sé por qué seguimos viniendo aquí —dijo.

Parra levantó una mirada indiferente y de inmediato la volvió a bajar. Había acomodado nueve corcholatas, una sobre otra, y estaba por colocar una más. Con un manotazo Héctor las tiró al suelo, y mientras las veía rodar y rebotar se dijo que sonaban igual que las monedas de a peso. Odilón los contemplaba molesto, detrás de la barra, preguntándose quién iba a recoger las corcholatas.

—Dije que no sé por qué seguimos viniendo aquí.

Ahora Parra mostró rabia en los ojos, pero en vez de reñir encendió un cigarro, se estregó las barbas y hasta entonces contestó:

—Yo tampoco.

Arrojó hacia el frente la primera fumarada, y Héctor contuvo la

respiración durante unos segundos.

—¿Por qué nadie echa el humo por la nariz?

—No sé —respondió Parra—. Creo que no es elegante.

—¿Otra ronda?

—Sí, pero que sean Coronitas. A ver si están más frías que éstas.

Héctor se desabrochó un par de botones de la camisa. El sudor le daba a su pecho un brillo sintético. Parra se entretenía leyendo la etiqueta de la cerveza que recién se había bebido.

—¿Ves al pinche gorilón que está sentado en la barra?

—Cerveza Carta Blanca, calidad premiada certificada, contenido neto 325 eme ele, Cervecería Cuauhtémoc, ese a de ce ve, Monterrey, México.

—Hace tiempo me piqué a su vieja —continuó Héctor con voz baja.

—Sí —levantó la vista Parra—, ya me lo dijiste varias veces. ¿Qué quieres? ¿Que le vaya al güey con el chisme para que te mate?

—Nómbre, Parrita, te lo digo en confianza, como cuates.

—Con una vez basta. Además la vieja no está como para andarlo pregonando.

—De todos modos no creo que le importe al güey. Me contaron que va seguido a los baños de vapor.

—¿Y eso qué? Yo también voy.

Héctor se echó hacia el respaldo de su silla, con una sonrisa a punto de volverse carcajada.

—No te conocía esas costumbres, Parrita. Así que vas y te encueras ahí frente a todos para que te peguen una tentaleada.

—No seas imbécil. Uno va a sudar, a que le salga por los poros el veneno que trae dentro.

La sonrisa de Héctor permaneció estática por varios segundos, aun cuando ya había echado de su mente el asunto de los baños de vapor. Parra habló de cualquier cosa para volverle el rostro al estado natural:

—Tengo años viendo esos pósters de la rubia Superior y siempre son puras gringuillas insípidas.

—Una vez organizaron un concurso porque los de la cervecería querían que la modelo fuera una güera mexicana. Eran esas épocas en que a huevo querían que nos sintiéramos muy orgullosos de nuestra nacionalidad, nomás lo de México valía. Ya ves que hasta Roca no quiso llevarse a Cabinho al mundial porque era brasileño.

—¿Y luego?

—Nada. Resulta que concursaron puras faunas que ni con baños de Miss Clairol se veían rubias. Les dieron las gracias y se volvieron a contratar gringas.

—Así le pasó a Roca. Ai andaba llorando a Cabinho cuando quedamos en último lugar.

—Voy al baño.

—No me tienes que avisar, ni que fuera escuela.

Héctor lo vio retirarse con pasos rápidos. Le vio la barriga colgante como una gran papada que lo obligaba a entallarse los pantalones a la altura de la cadera. Quiso imaginarlo envuelto en una toalla en los baños de vapor y en cambio recordó un cuadro de hombres barbados vestidos con túnicas de romanos. Había ángeles y una mujer desnuda. Recordó también un anuncio a dos calles de ahí que decía con letras intermitentes: BAÑOS DE VAPOR, BAÑO TURCO, BAÑO RUSO y se preguntó cuál sería la diferencia entre ellos. Pensó que el cuadro lo había visto en el recibidor de casa de la tía Estela, con un marco tan grande que podía estar ocultando una puerta.

—Mi mujer tiene la méndiga costumbre de contarme sus sueños en el desayuno —dijo Héctor tan pronto volvió Parra.

—¿Y qué soñó anoche?

—No me acuerdo de mis sueños y quieres que recuerde los de ella.

—Pos no dices...

—Sí, pero nunca le pongo atención. Es de gente enferma eso de contar sueños.

—Una vez leí en el periódico que cuando creemos que estamos soñando en realidad estamos despiertos y cuando creemos que estamos despiertos en realidad estamos soñando.

—No mames, Parrita, y de seguro te lo creíste.

—Se me hizo muy interesante la idea.

—El punto es que siempre me desayuno a las carreras para que mi vieja no me cuente sus sueños.

—Mejor dile que no te gusta.

—Ya se lo dije, pero ella me reclama que nunca hablamos de nada; que está bien, que ya no me los va a contar, pero que entonces yo le platique algo.

—Hace poco vi una entrevista con Roca y dijo que no estaba arrepentido de nada.

—¿Quedó en último lugar y resulta que no se arrepiente?

Ambos se prendieron de sus botellas. Héctor vio que Parra tenía espuma de cerveza en la barba. Le pareció demasiado larga y sucia y se preguntó si se la lavaría con jabón o con champú; si se la peinaba al menos de vez en cuando, si la espuma apestaría para mañana. Él mismo, cuando era estudiante de leyes, había deseado una barba como ésa, cerrada, rizada, oscura, porque entonces suponía que era necesaria para que lo tomaran en serio como abogado, pero tantos años de amanecer con apenas una felpa en la barbilla le hizo archivar ese deseo junto con otros.

—Anoche vi una película muy buena —dijo Parra—. No sé cómo se llamaba pero era de unos narcos que secuestraban a la esposa de un policía.

—Yo no la terminé de ver. ¿Cómo es posible que la esposa esté buenísima y los narcos no le hagan nada?

—Eran narcos, no violadores.

—Ya se va el gorila.

—Voy con Odilón a pedirle corcholatas. ¿Cuántas crees que pueda acomodar sin que se caigan?

—Es un ojete. No te va a dar.

Otra vez Héctor lo vio retirarse con pasos rápidos y le vio la barriga colgante, y cuando estaba recordando de nuevo el cuadro de los hombres barbados cortó los pensamientos de cuajo para darle paso a la esposa del policía, atada a una columna de madera, amenazando a sus raptos.

—¿No que no? —llegó Parra con un puñado de corcholatas—. Me dio veinticuatro.

—Se me hace raro.

—Es que le dije que eran para jugar ajedrez.

—Narcos o lo que fueran no me creí la película.

—¿Cuántas crees que pueda acomodar?

—Hoy no me quiero poner pedo.

—Joto.

Una por una, Parra fue acomodando las corcholatas. Las primeras cinco, fácilmente. Luego el trabajo se fue complicando porque, torcidas por la fuerza del destapador, las piezas no tenían la simetría necesaria para un montaje seguro. Un hombre se acercó a la sinfonola y echó una moneda.

—Seguro no sabe que está descompuesta —dijo Héctor.

Apenas comenzó la música, el hombre dio una patada al aparato y volteó a su alrededor avergonzado.

—No jala —explicó a quien quisiera oírlo—. Yo no escogí ésa —pero ya la voz de los Hermanos Carrión asaltaba el lugar.

Magia blanca tú tienes, me has hechizado a mí...

Cada vez que Parra acomodaba otra corcholata volteaba a medir las intenciones de Héctor, y aunque lo vio ajeno y pensativo, pensó que igual era una forma de sorprenderlo y derribarle de nuevo su torre. Las últimas corcholatas lo obligaron a contener la respiración y a controlar el temblor de su pulso.

—¿Cuál es la serie policiaca que más te ha gustado? —Héctor sintió que su pregunta era interesante.

—¿De todas?

—Sí, hombre.

Parra detuvo su construcción por un momento. Deseaba contestar esa pregunta de la manera más sincera.

—Barnaby Jones —dijo.

—No es posible —dijo Héctor—. Barnaby Jones era un vejete que no

hacía nada. Todo se lo arreglaba su nuera.

—Precisamente. Era un viejo sin fuerzas, por eso tenía que usar su ingenio.

—Entonces debería gustarte más Cannon. Ése era viejo, gordo y en silla de ruedas.

—¿Sabías que la nuera de Barnaby Jones la hacía antes de Batichica?

De pronto Héctor levantó los brazos, sonrió y apretó los puños y se mantuvo inmóvil por unos segundos, como una fotografía de alguien celebrando un gol.

—Está bien —dijo Héctor entusiasmado—, me voy a poner pedo, pero no con cerveza.

Parra tomó la última corcholata y poco antes de acomodarla se puso furioso con sólo pensar que a propósito Héctor le daría una patada a la mesa.

—Para el libro de Guinness —dijo al fin—. Mira nomás qué belleza. Héctor acercó la cara hasta que casi topaba su nariz con la torre.

—Te felicito —dijo.

—Sí, claro —dijo Parra y con el índice derribó su propia edificación.

—¿Por qué?

—Si lo hubieras hecho tú, nunca te lo perdonaría.

—No tenía la más mínima intención.

—Más vale prevenir.

Otra vez Odilón los miraba molesto. Parra y Héctor lo notaron, y aunque sus botellas ya estaban vacías, decidieron esperar antes de pedir más.

—Creo que tu mujer tiene razón —dijo Parra.

—¿Sobre qué?

—Que eres una mierda.

—Nunca ha dicho eso —reclamó Héctor.

—De seguro lo piensa.

—Te estaba diciendo que quiero ponerme pedo, quiero festejar.

—Y yo también lo pienso. Eso de no escucharle ni sus sueños...

Un perro entró, ladró dos veces y salió de inmediato con la cola entre las patas. La sinfonola ya había terminado de tocar.

—Presiento que hoy es una noche especial.

—Además no hay nada de malo en eso. Yo a veces le cuento a mi mujer lo que sueño y ella me lo cuenta a mí.

—Vamos a tomar whisky.

—¿Tú pichas?

—Claro, yo soy el que tiene motivos para festejar.

Héctor hizo una seña al Güero y tan pronto lo tuvo cerca le pidió un par de jaiboles. Un hombre que acababa de entrar se acercó a la sinfonola, pero alguien le advirtió que no funcionaba, a menos que

quisiera oír *Magia blanca*. Parra vio su reloj. Eran las doce y diez.

—¿Cumple años?

—No.

—¿Entonces qué celebras?

Llegaron los dos vasos con más hielo que bebida. Héctor lo levantó para brindar. Parra se cruzó de brazos.

—Mañana comienzo una vida nueva.

—No mames, Héctor, ¿otra vez?

—Lo que pasa, Parrita, es que tú eres un fracasado.

—Por favor, trabajamos en la misma empresa, tenemos puestos iguales, ganamos lo mismo.

—¿Nunca te has preguntado qué hubiera pasado si en vez de meternos a trabajar hubiéramos terminado la carrera?

—No.

Parra tomó su vaso. Héctor aprovechó para levantar el suyo y de nuevo invitarlo a brindar. Otra vez Parra lo ignoró.

—¿Qué te pasa, Parrita? Un brindis no se le niega a nadie.

—Tu madre.

—¿Es porque te dije fracasado? ¿Te molestó?

—He aquí que a sus cuarentaipico de años Héctor de la Rosa vuelve a la facultad de leyes para terminar sus estudios, todo un ejemplo de dedicación y esfuerzo. Por Dios, te verías ridículo con libros bajo el brazo. ¿De qué les vas a platicar a las muchachas? Se van a burlar de ti, del pinche ruco. Ahí tú serás el fracasado, entre puros muchachos que piensan que a tu edad serán dueños del mundo. Si quieres ponerte pedo es tu asunto, pero no me vengas con vidas nuevas.

—Ya sé qué te molestó —dijo Héctor—, pero te juro que no iba a tirarte las corcholatas.

Ambos bebieron en silencio sus jaiboles, con tragos cortos, procurando mantener la boca pegada al vaso y así tener una excusa para ya no hablar. El golpeteo de los hielos contra el cristal fue aminorando hasta que todo se volvió un líquido demasiado claro y sin sabor.

—¿Quieres otro trago, Parrita? Yo invito.

—Aquí se está muy bien, Héctor, aunque no jale el abanico, aunque nomás haya una canción.

Parra tomó su cajetilla y sacó un cigarro, lo manoseó un rato y se lo puso en la boca.

—¿Y qué hay de malo? —preguntó Héctor—. Mira la edad de Barnaby Jones.

Ambos evitaron encontrar sus miradas. Parra guardó el cigarro de vuelta en la cajetilla.

—Es televisión, Héctor.

Pidieron otra ronda y cada quien se puso a beber inmerso en un

silencio que no les incomodaba, que les servía para atrapar conversaciones ajenas. En la mesa de la derecha tres hombres comentaban que los hijos son unos malagradecidos; en la mesa posterior un hombre aseguraba quién sería el ganador de las próximas elecciones de gobernador, y para ganar credibilidad, con frecuencia empleaba la frase “te lo digo yo”. Parra sacó un hielo y se frotó la frente con él hasta derretirlo por completo. Por fin Héctor señaló hacia su derecha y dijo:

—¿Ves al güey del copete parado que está allá?

—Sí.

—No tiene amigos.

—¿Lo conoces?

—No.

Héctor no se decidió a revisar su cartera aunque a esas alturas no estaba seguro de si tenía suficiente dinero para pagar la cuenta. Se preguntó si ya estaba ebrio y se respondió que un poco. Recordó el asunto de los baños de vapor y supuso que eso era lo que había molestado a Parra.

—En todo caso yo también estoy encabronado —dijo.

—¿Por qué? Si hasta estabas celebrando tu vida nueva.

—Cuando te pregunté por el mejor programa policiaco tú debiste pedir mi opinión.

—Es que no me interesa —dijo Parra—, en todo caso me interesan más los sueños de tu mujer.

—A ella déjala fuera.

Parra se echó hacia el respaldo y de nuevo se cruzó de brazos. Héctor se desabrochó un botón más. Vio su camisa, toda gris con una mancha oscura en la bolsa a causa de una pluma que se le había chorreado meses atrás. Su mujer lo había regañado, que tuviera más cuidado, que esas manchas no se quitan, y él le dijo que se callara.

—Mira —extendió una tarjeta de presentación de un abogado.

Parra la miró por un rato.

—¿Tienes problemas?

—No, Parrita. ¿No te acuerdas de Robledo? Me lo topé cuando venía para acá. Me contó que tiene un despacho y secretaria y anda de corbata. Le dije que viniera, que nos íbamos a juntar aquí, pero se disculpó porque andaba muy ocupado, que a ver cuándo.

—Sí, a ver cuándo —repitió Parra y rompió la tarjeta. Héctor no se sintió con ganas de protestar y entonces se dijo que ya sabía que la iba a romper. Los trozos de papel pararon muy cerca de las corcholatas; esta vez Odilón volteaba hacia otro lado.

—Starsky y Hutch —dijo Héctor.

—¿Ya no vas a invitar otros jaiboles?

—Ésos sí la hacían, con su carro rojo de raya blanca y llantas anchas. Ésos sí se ligaban viejas bien buenas, no como el ruco de

Barnaby Jones.

—¿Sabías que Barnaby Jones era el apá de los Beverly Ricos?

—Ni me acuerdo de ese programa.

—Era de unos rancheros que encuentran petróleo y...

—Sí, ya sé, pero nunca lo veía.

—Tienes que ver de todo si luego quieres decir cuál es el mejor.

—Veo lo suficiente.

—Hasta confundes las cosas. Cannon sí era un pinche gordo, pero el anciano en silla de ruedas se llamaba Ironside.

Héctor escarbó en su memoria y se preguntó si Parra tendría razón. ¿Cannon caminaba? Tal vez sí, era demasiado gordo como para sentarse en una silla de ruedas.

—Tú estás igual —dijo Héctor—. El ajedrez se juega con treintaidós piezas.

Ahora fue Parra el que hurgó en su mente para hacer cuentas: una reina, un rey, dos alfiles, dos caballos, dos torres...

—No importa —dijo.

—Picha tú otra ronda —dijo Héctor y se encaminó al baño.

Mientras orinaba repasó los marcadores con que había perdido el equipo de Roca frente a Túnez, Alemania y Polonia. Habían sido dos goles a favor y doce en contra. Él había visto los tres partidos en una televisión que montaron en la facultad de leyes. Tal vez lo de Alemania y Polonia era normal, pero nunca un equipo africano había ganado un juego, y la primera vez tuvo que ser contra México. Uno de sus compañeros se echó a llorar sin empacho; él sólo se llenó de rabia. ¿Qué nos queda después de esto?, preguntó el compañero a Héctor con los ojos llorosos, y Héctor le respondió que no exagerara, que sólo era un juego.

Los jaiboles estaban servidos cuando volvió.

—Si el tipo del copete tuviera amigos ya le habrían dicho que se peinara de otro modo.

—Supongo —dijo Parra—. Pobre güey.

—¿Con qué te lavas la barba?

—Muy mi pedo.

Héctor vio su vaso con desconfianza. La vuelta al baño había acabado por marearlo y ya no estaba seguro de querer un trago más. Sin embargo, no creía correcto despreciar la invitación de Parra.

—Te prometo que mañana sí le oigo sus sueños a mi vieja —dijo y dio un trago más.

—A mí qué.

—Es que quiero empezar una vida nueva.

—Y dale con lo mismo. ¿Fuiste a la iglesia o dónde te metieron esas ideas?

Héctor se alzó los hombros y tomó el resto de su bebida.

—Ahora sí ando pedo —dijo.

—Desde hace rato —agregó Parra.

Un estado de ánimo parecido a la felicidad se apropió de Héctor. Se puso en pie y echó una moneda a la sinfonola. Algunos desconocidos le reclamaron con un silbido, pero él no se inmutó: en ese momento le era indispensable escuchar música, aunque fuera de los Hermanos Carrión. Comenzó percutiendo sobre la sinfonola para llevar el ritmo, luego se puso a cantar, y sólo cuando le dio por hacer algunos movimientos emparentados con el baile, Parra se levantó por él.

—No seas imbécil —le dijo.

—¿Sabías, Parrita, que en el setentaiocho le metieron a México doce goles?

—Sí, me acuerdo. Ya te dije que hace poco vi a Roca en la tele.

—¿Y dijo que no se arrepentía de nada?

—Sí —Parra lo depositó en su silla.

—Ésos son pantalones.

—Supongo.

—¿Y sabías que Robledo se echó a llorar cuando perdimos contra Túnez?

—Pobre pendejo.

—Sí, pobre.

Héctor se dedicó a escuchar la música. Continuaba con la sensación de felicidad, aunque ya no tenía deseos de bailar ni de hacer nada. Bastaba con estar ahí sentado y sentir un calor que ya no le molestaba y escuchar los coros de los Hermanos Carrión y ver a la gente alrededor y seguir escuchando hasta que el disco regresara a su posición. Tal vez entonces volvería a la sinfonola con otra moneda y qué más daba si otra vez le silbaban y ojalá ahora sí Parra lo dejara bailar. Sacó su cartera y puso todo lo que tenía sobre la mesa.

—¿Era en serio eso de que Cannon caminaba? —preguntó.

—Sí, hombre, pero no corría porque le daba un infarto. Una vez atrapó a un ladrón con una caña de pescar.

Parra encendió un cigarro y echó el humo por la nariz. Todo salió por la fosa izquierda porque la derecha estaba tapada.

—Con una caña —dijo Héctor en el momento en que se le perdía la mirada—. Me hubiera gustado ver eso.

7

LAS SILLAS, PATAS ARRIBA, ESTABAN alzadas sobre las mesas. El Güero pasaba sin mucha convicción un trapeador sucio y seco que revolvía sin remover la tierra del suelo, mientras Odilón, sentado detrás de la barra, una noche más aburrido, hacía sus cuentas del cierre. Separó los billetes en dos montones: los de aspecto nuevo y los sucios y arrugados por tanto manoseo. Tomó algunos de los nuevos y comparó sus fechas, las firmas del director general, del representante de la junta de gobierno y del cajero; en dos años habían cambiado tres veces al director y siete veces al de la junta. Se preguntó quién era don Andrés Quintana Roo y ya no tuvo ojos para distinguir las letras de los grabados del reverso.

—¿Terminaste, Güero?

—Ya casi.

La enfermedad de Odilón había impuesto una mayor carga de trabajo sobre el Güero, el único de ocho hermanos que conservó el color claro de un antepasado francés. Él aceptaba esta carga a cambio de cierta esperanza.

—¿Para qué sirve el dinero? —repitió Odilón su cantilena de cada vez que echaba los billetes en la bolsa. Las monedas siempre las dejaba en la caja. No me gusta batallar con la feria. Y con el batallar no se refería a la cuestión económica sino a la dificultad para recoger las monedas pequeñas, de a diez y de a veinte, con los dedos temblorosos y rígidos. En cambio, sí le gustaban los billetes porque podía tomarlos suavemente, usando dos o más dedos y, en caso de caérsele alguno, no importaba su denominación, caería en silencio, sin delatar su torpeza.

A veces el Güero aborrecía su trabajo. No le importaba atender a los bebedores, escuchar sus quejas e insultos; aceptaba lavar el baño y limpiar vómitos. Todo eso estaba bien. Un trabajo como cualquier otro, se decía. Pero algunas noches, cuando sus amigos entraban al Lontananza, de puro coraje se le subía el rojo a la cara. Sírvenos, Güero. Ándale, huevón. Y le tronaban los dedos y era una burla tras otra toda la noche sin que le dejaran un céntimo de propina. Lo peor venía en su noche libre. Frente a las muchachas, frente a Consuelo, los amigos continuaban sus bromas. Güero, tráeme una cerveza, un vaso, una servilleta. Y ya fuera en un salón de baile o en la casa de una de ellas, el

Güero seguía siendo el mozo siempre listo para atenderlos. No por mucho tiempo, pensaba.

Odilón levantó la bolsa de los billetes y la agitó.

—Si pudiera comprar tus años, muchacho. Pero a mi edad uno sólo puede aspirar a un buen morir.

—No diga eso, señor — el Güero, exasperado, apretó los dientes.

Apenas seis meses antes Odilón tenía otra cantilena: siguen pasando los años y no me duele ni una uña. De hecho comenzó a repetirla desde que llegó a los setenta, con algunas variaciones en cuanto al sitio en el que no sufría dolor: a veces eran las uñas, a veces los huesos o el cabello. Al Güero le parecía muy poca cosa que le llegaran a doler los pelos y le irritaba verlo tan fuerte, cargando un barril de cerveza, subiendo una escalera para cambiar un foco, agachándose una y cien veces para recoger colillas, corcholatas, corchos y latas.

—Hoy vendimos muy poco.

—Es que todos andan muy amolados —el Güero sintió la necesidad de dar una excusa.

—En mi época, cuanto más jodido se estaba, más eran las ganas de un trago.

—Son otros tiempos, señor.

—¿Y que podemos hacer para que sea como antes?

—No sé, señor.

El Güero se guardaba sus planes: colocaría una televisión en cada esquina para ver el box y el fútbol, una buena mano de pintura, mesas de billar, otras marcas de cerveza, la gente se estaba cansando de tomar pura Corona, aire acondicionado y, sobre todo, un cambio de nombre. Compraría un anuncio luminoso que prendiera y apagara toda la noche: BAR EL GÜERO. La palabra cantina era del pasado. O mejor aún: GÜERO'S BAR.

Un día Odilón se precipitó al suelo, sin oportunidad siquiera de poner las manos. El Güero recordaba la caída como un hecho muy lento, como si Odilón hubiera sido un globo. El grito; los brazos buscando en dónde apoyarse: en la barra, en un banco, en un cliente; el aterrizaje; la cabeza rebotando sin hacer un solo ruido; el viejo en el suelo, inmóvil, incapaz de incorporarse. Los que estaban alrededor lo levantaron para sentarlo junto a la barra y revisarle algunos huesos. No es nada, dijo Odilón, y continuó sirviendo y cobrando y lavando vasos. Al rato se sintió mal. Te digo que no es nada, hombre, si acaso un mareo. Contra su costumbre decidió retirarse antes de cerrar el negocio y, luego de darle al Güero una serie de recomendaciones, se despidió diciendo hasta mañana.

No fue ni al día siguiente ni a la semana siguiente cuando volvió.

Tardó casi un mes y llegó convertido en un viejo de pasos cortos, cada vez más cortos, y pendiente del reloj porque ahora cargaba una cajita metálica con pastillas que había de tomar cada cuatro, seis, ocho o doce horas para la circulación, la acidez, los gases, las piernas entumecidas. Desde entonces cada noche le pedía al Güero que lo acompañara de vuelta a casa. El muchacho accedía, resignado, a servirle de muleta, a tomar un rumbo opuesto al suyo con una lentitud que le hastiaba, con esas manos en busca de equilibrio sobre sus hombros y respondiendo sí a todas las preguntas de rutina que brotaban ante la falta de conversación: ¿Apagaste la sinfonola? ¿Cerraste bien la llave del fregadero? ¿Le pusiste creolina a los baños? Y al pasar frente a casa de Consuelo, el Güero agachaba la cabeza, avergonzado, pero a la vez tranquilo porque ella siempre se acostaba temprano.

—¿Ya terminaste, Güero? —repitió la pregunta.

—Sí, señor.

Era cerca de la una de la mañana, muy temprano para cerrar en viernes. El Güero fue a la bodega y comenzó a apagar las luces. No le extrañó escuchar que alguien golpeaba la puerta. Seguido se presentaban algunos trasnochados dispuestos a pagar lo que fuera con tal de que les permitieran entrar. Tocan, pensó. Diles que ya no son horas. De camino a la puerta pasó frente a Odilón y quiso bloquear los oídos para no escuchar:

—Tocan. Diles que ya no son horas.

Odilón tenía hechas sus frases para cada circunstancia. Resultaba fácil anticipar sus palabras cada vez que entraba un cliente, cuando se rompía una botella o cuando alguien se negaba a pagar la cuenta; y tan no se salía de sus costumbres que continuaba preguntando por la creolina de los baños aunque ya ni en las boticas había modo de conseguirla. Les eché Cloralex, respondió el Güero las primeras veces. Después se conformó con asentir.

—Está cerrado —dijo por el postigo a un par de espaldas en retirada.

El Güero movió los labios en silencio. ¿Qué desean tomar? Pero ya saben que a esta hora todo cuesta el doble.

—Vámonos, Güero, estoy muy cansado.

—Espéreme tantito, me falta apagar una luz.

De vuelta en la bodega tomó una botella de brandy y se siguió de largo hacia el baño. Al girar la tapa escuchó el rompimiento del sello. Seguramente Odilón ya estaría de pie, apoyándose en sillas y mesas para alcanzar la salida. El Güero se sentó sobre el escusado a esperar. El olor no era el de una hora antes, cuando comenzó a asear. ¿Qué les cuesta estirarle? ¿Qué les cuesta mejorar la puntería? Afortunadamente no había testigos en esa parte de su trabajo. Un poco al frente, un poco

sobre su cabeza observó el tubo que Odilón había mandado soldar para poder sentarse y pararse sin ayuda de nadie.

—Apúrale, por favor.

El Güero no se atrevió a tomar de la botella. La colocó bocabajo sobre un mingitorio y escuchó el gorgotear del líquido que se iba.

—Ya voy, señor.

Todo el interior quedó a oscuras. Con un fuerte jalón el Güero cerró la puerta hinchada. Odilón giró la llave. El viento de la calle era una revoltillo de aire fresco y caliente, como si en un lugar cercano estuviera lloviendo. Odilón puso las manos sobre los hombros del muchacho.

—Vámonos.

¿Por qué no se compra unas muletas el cabrón? ¿Para qué me trae jugando a la víbora de la mar? El Güero se preocupaba porque sus preguntas empezaban a ser tan repetitivas como las del viejo. ¿Apagaste la sinfonola? ¿Cerraste bien la llave del fregadero? ¿Le pusiste creolina a los baños? Arrastraba un pie, daba otro paso y el muchacho decía sí, sí, sí, asqueado de sentir el temblor de las manos sobre sus hombros y convencido de que todo era una prueba. ¿Pero cuántas veces más tendré que pasarla? Una prueba, sin duda, porque Odilón no iba a creer que tanta lealtad, tanto sacrificio era por el sueldo de cada semana. Vas a ver, Consuelo, cómo al rato me va a ir mejor. Entonces, como siempre que trataba de imaginar ese futuro, su optimismo se truncaba con la imagen del sobrino de Odilón, un poco oscura, despreciable, inquietante. Esa cara sebosa que retenía todo el polvo del viento. No es posible; es un bueno para nada. ¿Cuándo ha procurado a su tío? Una serie de relámpagos iluminó el contorno de los cerros. La luz permanecía por tan poco tiempo que no se alcanzaba a captar ningún color.

—Está relampagueando.

—Eso parece.

Y cuando llovía y los zapatos se llenaban de una plasta de lodo que alargaba la distancia, Odilón decía:

—Está lloviendo.

La casa de Consuelo apareció tan silenciosa como todas las noches. El Güero vio de reojo el meneo de las cortinas y las palomillas alrededor del foco encendido en la terraza. Un día, Consuelo... No supo continuar la idea. Le empezaban a aburrir sus proyectos y tal vez a ella también.

Más adelante se acababa la tierra de la calle para dar paso al pavimento. La casa de Odilón estaba justo en el límite, del lado de la tierra. Al fondo se divisaba la ensambladora de televisores clausurada.

—Van a ir cerrando las fábricas, una por una, y a todos nos va a

llevar la chingada.

¿A usted qué le preocupa?, pensó el Güero, pero dijo:

—Dios no lo quiera —porque su patrón opinaba que meter a Dios en cualquier conversación era cosa de biennacidos.

Subieron los dos escalones hasta la puerta. Odilón extendió las llaves al muchacho. ¿Y el joven Miguel?, la voz de Consuelo golpeó la cabeza de el Güero. Ya te dije que ése es un bueno para nada. Sí, insistía Consuelo, pero la sangre es la sangre. El Güero nunca llegaba más allá de la puerta. Se rehusaba a encaminar a Odilón hasta su recámara porque en el pasillo inevitablemente se toparía con el retrato del sobrino, del tal joven Miguel, sonriente, despreciable, casi sin ojos.

—Hasta mañana, señor.

—Gracias, Güero, no sé cómo pagártelo.

La puerta se cerró y rechinaron dos pasadores. Hasta mañana, señor. El eco siguió rondando por un rato hasta que la noche acabó por silenciarlo.

8

VÍCTOR ENSARTÓ EL TENEDOR EN SU cena de huevos con papa al tiempo que hacía un esfuerzo consciente por establecerse en cuerpo y alma dentro de la quietud de su departamento, para al fin dejar atrás el trabajo de la oficina. Mariana le preguntó cuántas tortillas quería y, como él no respondió, puso cuatro en el comal.

—¿Y cómo te fue hoy?

—Muy bien —respondió él—. Ya sabes que siempre me va bien.

Al cabo de un rato Mariana apagó la hornilla y echó las tortillas calientes sobre la mesa. Encendió el televisor y esperó unos segundos a que despertara la pantalla. La primera imagen fue un comercial de cosméticos. Víctor levantó la vista para no perder detalle de la modelo. Ella apagó el televisor, disgustada, y él volvió a sus huevos con papa.

—¿No vas a ver tu novela?

—Ya me aburrí.

—Entonces pon el noticiero.

—Mejor veo la novela.

Y aunque no encendió el aparato, ambos se quedaron viendo la pantalla fijamente. El silencio interior dejó que entrara una risa del departamento de al lado y el rumor del agua corriendo por la tubería. Luego fue el rechinar del tenedor sobre el plato, tratando de rescatar hasta el último rastro de huevo. A Víctor le pareció que la risa era un ruido molesto si él no tenía nada de qué reírse.

—Ya contrataron al nuevo —habló con la sensación de que alguien lo interrogaba.

—¿Eh? —preguntó Mariana distraída, mientras se levantaba para recoger los trastes de la mesa. Notó que el vaso aún tenía un poco de leche y prefirió dejarlo donde estaba.

Por la tarde, cuando le presentaron a su nuevo compañero de oficina, Víctor sonrió y se puso de pie para saludarlo. Le dijo “estoy a tus órdenes” y le explicó que era un gusto contar con sangre nueva en el departamento, que había muchos proyectos muy interesantes y que trabajando en equipo darían el mejor resultado; que no dudara en consultarle cualquier cosa y que él, con todo gusto, le ayudaría en lo que pudiera. Luego apretó los puños y los dientes y se las arregló para no dirigirle la palabra en el resto del turno.

—Te compré un regalo —dijo Mariana mientras enjabonaba los

trastes—. Al rato te lo doy.

Él sonrió y tuvo un impulso de ir a abrazar a su mujer, pero se entretuvo pensando en qué le diría mañana al nuevo compañero para darse a respetar. Desde hacía rato le daba vueltas una frase en la cabeza. “Mira, niño, cuando tú naciste yo ya estaba aquí”, sin que pudiera decidirse si estas palabras lo acreditaban como un hombre de experiencia o si, de plano, inspiraban lástima.

—Ya contrataron al nuevo —repitió y en seguida se esfumó el impulso del abrazo.

—Ah —Mariana se inclinó hacia el fregadero, fingiendo interés, cuidándose de que su marido no la viera torcer la boca—. ¿Y cómo se llama?

—Da lo mismo; es uno de esos muchachitos seguros de que en la escuela les enseñaron todo.

También le comentó que era un informal, porque a quién se le ocurría llegar a su primer día de trabajo con pantalón de mezclilla y playera de rayas.

—Bueno —dijo ella—, para eso es joven —y a él se le revolvió la cena al ver que su mujer justificaba al nuevo compañero con un argumento tan vacío.

A lo lejos el tren silbó con especial insistencia. Víctor se secó el sudor con la servilleta.

—Debo hacer algo —dijo, y se paró de la mesa para encender el televisor; sin embargo, a medio camino modificó el rumbo y se echó sobre el sillón.

En los casi veintidós años que tenía de ocupar el mismo puesto había visto pasar ocho compañeros. Cinco de ellos fueron promovidos y los otros tres abandonaron la empresa en busca de mejores oportunidades. Incluso el director general había sido en una época su compañero de oficina.

—¿Como qué?

No hubiera querido responder, pero su mujer, frente a él, con los brazos cruzados, mirándolo fijamente, lo hizo sentirse con obligación.

—Trabajar más duro. No puedo dejar que este muchachito me brinque.

—También dijiste eso... —Mariana se detuvo en seco. Había abierto la boca sin pensar y ya no quiso levantar la vista para encontrarse con los ojos de su marido. Por suerte recordó la compra que había hecho esa tarde—. Voy por tu regalo.

Nuevamente silbó el tren.

—¿Por qué me tiene que avisar a mí que anda por el rumbo? A mí, que estoy en mi casa tratando de ganarme un poco de paz.

Aunque Víctor no esperaba una respuesta, se le subió la sangre a la cabeza luego de unos segundos de silencio, luego de una eternidad en

que su mujer, otra vez cruzada de brazos, lo miraba con la ausencia de quien ve por la ventana.

—Es que debe advertir a los...

—Ya lo sé —interrumpió Víctor—. No me lo tienes que decir. ¿Pero por qué ha de fastidiar a tanta gente? ¿Por qué nos despierta en las madrugadas? ¿Sólo para advertirle a un imbécil que no se le atraviese? No creo que al maquinista le importe un cristiano más en su lista. ¿Sabes por qué pita? ¿Sabes? —y como Mariana se encogió de hombros, él mismo respondió—. Por joder, nada más por eso.

Mariana encendió el televisor, lo sintonizó en el canal del noticiero y se dirigió a la recámara. A Víctor no le interesó lo que decía un entrevistado sobre la recuperación económica del país. Pensó que quizá debería trabajar una hora más al día. O dos. También estaban los sábados y domingos, todo con tal de asegurarse de que esta vez no lo fueran a rebasar. Y viéndolo bien, se dijo, el nuevo compañero me va a servir de aliciente.

—Mira lo que te compré —Mariana arregló un gesto esperanzado.

Puso en manos de su marido un paquete. Él dedujo que por el tamaño podía ser una cajetilla de cigarros, pero no por el peso. Estaba envuelto en un papel con figuras de velas encendidas y un mono de nieve. Víctor se entristeció al imaginar a Mariana hurgando en pleno agosto entre las cosas de Navidad.

—¿Qué es? —preguntó.

Mariana esperó un rato antes de responder. Se levantó a apagar el televisor y se acercó a la mesa.

—Ábrelo —dijo.

Él arrancó el papel y vio con desagrado que se trataba de un paquete de barajas. Lo observó con detenimiento: el texto en inglés indicaba que eran marca *Bicycle*, para jugar póquer, hechas por una empresa de Cincinnati, y con *air-cushion finish*. ¿Acabado de colchón de aire?, se preguntó, tratando de imaginar unas cartas infladas. No necesitó alzar la mirada para saber que su mujer se hallaba en espera de un comentario. Estuvo a punto de darle las gracias y elaborar una frase que denotara entusiasmo, pero acabó por decir:

—¿Y esto?

Ella miró el suelo por un instante, avergonzada, y comenzó a hablar.

—Puede ser divertido. En vez de pasarnos la noche viendo televisión podemos jugar. Me acuerdo que de niña jugaba chinazo, continental, canasta, el burro empanzado, malilla...

Víctor alargó la mano para marcar un alto, pues no tenía paciencia para escuchar más juegos. Guardó el paquete en el bolsillo de la camisa y se paró a encender el televisor. Apenas comenzaba a distinguir la imagen cuando decidió que se había equivocado. Era mejor apagar el aparato y arreglar las cosas con su mujer.

—Pero el paquete dice que son para jugar póquer.

Mariana lo miró sin responder y comenzó a acomodar trastos en la cocina para fingirse ocupada. Víctor pensó en la mañana siguiente, obligado a pasear al nuevo compañero por toda la fábrica, presentándole a los demás empleados y enseñándole los secretos que a él le tomó veintidós años aprender.

—Y de seguro el muy imbécil nomás va a estar interesado en las secretarías.

Ella tardó un instante en comprender de qué hablaba su marido, pero aun después de hacerse una imagen mental del muchacho, prefirió quedarse callada. Una vez más se escuchó una risa del departamento de al lado.

—¿Te vas a tomar la leche?

Víctor fue a la mesa y levantó el vaso. Al colocarlo junto a la lámpara pudo ver las marcas grasosas de los dedos en el cristal y ya no se le antojó.

—Está caliente —dijo, y como Mariana seguía dándole la espalda, agregó—: Nomás salgo por unas cervezas y jugamos el jueguito que quieras.

Sabía que era inútil. Mariana ya no aceptaría jugar. Pero de ese modo podría echarle la culpa a ella y entonces, sin ningún reparo, se sentaría a ver la televisión. Con un poco de suerte pasarían una buena película.

Le agradó el aire fresco, y más en ese momento, pues recordó la ocasión en que el personal de la oficina celebraba algún aniversario. Fue una noche sofocante, de cervezas tibias, y alguien se lamentó de que no corriera el aire. Víctor, casi ebrio, soltó lo primero que le vino a la mente: “El viento sólo corre en libertad”. Todos los que lo escucharon le aplaudieron sus palabras y su jefe le dijo que era un filósofo. Él nunca confesó que no tenía ni idea del significado de la frase.

No había caminado ni media cuadra rumbo al Lontananza, fastidiado por el peso del paquete de cartas en su bolsillo, cuando se le emparejó un taxi y con un tímido pitido lo invitó a subir. Él se dijo por qué no y le hizo una seña al taxista.

—¿A dónde?

—Aquí nomás —indicó—, a Fibras Químicas.

El Volkswagen avanzó lentamente, aunque su motor rugía como si fuera a gran velocidad. Pasaron de largo por el depósito mientras el taxista explicaba que era su último viaje antes de terminar el turno: sí, señor, ya era un poco tarde y en su casa debían estar esperándolo, pero ni modo, ahora la situación estaba más difícil y había que echarle ganas. Víctor deseó tener el carácter para pedirle que se callara, sin embargo se conformó con la idea de que Fibras Químicas no quedaba muy lejos. A las cinco cuadras llegaron al cruce del ferrocarril. El taxista

se detuvo y volteó a uno y otro lado antes de continuar.

—¿Para qué tanta precaución? —preguntó Víctor—. Basta con parar las orejas.

El taxista hizo un gesto de desprecio y se mantuvo callado durante las otras seis cuadras que faltaban para llegar a su destino. Apenas bajó del taxi, Víctor se topó con la cara sonriente del guardia que custodiaba la entrada de la fábrica.

—¿Qué haciendo a esta hora? —le preguntó.

—Ya lo ve —dijo Víctor sin muchas ganas de responder—. Hay que echarle ganas.

Subió las escaleras hacia su oficina. Ya en otras ocasiones había trabajado de noche y, en la caja de interruptores eléctricos, fácilmente encontró los que encendían la sección donde se hallaba su escritorio. Su primer acto fue deshacerse del peso muerto que fastidiaba su bolsillo y jalaba la camisa hacia abajo como si llevara por dentro un pecho que recién amamantó. *Bicycle playing cards*, leyó, y no pudo evitar una mueca de disgusto cuando vio en el paquete el grabado de un angelito desnudo y montado en bicicleta. Encima del escritorio descansaban unos papeles con cálculos a medio terminar sobre los ahorros que se alcanzarían en caso de implantar un proceso de recuperación de desperdicio de nylon. Víctor encendió la calculadora y comenzó a teclear cifras. Pensó en su jefe, que toda la semana le había estado insistiendo sobre la importancia de esos cálculos y supuso que si no los terminaba rápido, le encargarían el proyecto al compañero nuevo.

—El nuevo —habló en voz alta—. El pinche nuevo.

El aire acondicionado estaba apagado y las ventanas herméticas le dieron una sensación de asfixia. Se desabotonó la camisa y al ver su vientre inflado sintió el placer que da romper una regla. Si el muchacho viene de mezclilla, yo no me cierro la camisa, se dijo, y casi de inmediato se reclamó por lo que consideró un razonamiento infantil y ocioso.

Recordó por qué aún no terminaba los cálculos sobre la recuperación de desperdicio. Le faltaba un dato: el porcentaje de material irrecuperable.

Víctor revisó su plan: le tomaría al menos diez días hábiles obtener las muestras y hacer las pruebas de laboratorio para calcular este porcentaje. A su jefe le parecería demasiado tiempo, pero ya él le explicaría la importancia de obtener datos precisos. Se puso de pie y ensayó el tono de voz.

—Un pequeño error en los cálculos nos costaría muy caro, ingeniero.

Se sintió satisfecho, aunque sólo por unos segundos, porque muy pronto imaginó al nuevo diciendo que él podría obtener los resultados, igualmente precisos, en menos de una semana. Se quitó la camisa y la arrojó al escritorio del nuevo.

—Desgraciado —dijo.

Supuso que a esa hora su mujer ya lo habría echado de menos, y con ella en mente abrió el paquete de barajas. Se preguntó por qué a esas figuras parecidas a un corazón negro les llamaban espadas; y por qué a alguien se le había ocurrido incluir los tréboles como uno de los palos. No cuestionó ni los corazones ni los diamantes. Ésos están bien, se dijo. Tal como lo esperaba, encontró dos comodines, que en esta baraja eran un par de reyes en bicicleta. Un comodín, además, llevaba impreso un texto que aseguraba que de encontrarse un defecto en la baraja, con gusto le remplazarían todo el paquete. Se puso a barajarlas, y por más que las palpó y oprimió no supo a qué se referían con el *air-cushion finish*.

Escuchó que el tren silbaba en medio de la noche, pero esta vez no le molestó. Puso el mazo de cartas sobre sus papeles de trabajo y con la mano derecha tomó una al azar. El ocho de espadas. ¿Por qué no?, se preguntó, y con tinta roja escribió el número ocho en una hoja repleta de operaciones matemáticas. Es un porcentaje bastante lógico. Se puso en pie y extendió el papel.

—Ocho, ingeniero —dijo.

Apenas se había sentado, reparó en que la realidad nunca era tan precisa, tan redonda. Tomó otra carta: el tres de diamantes, y otra vez se puso de pie.

—Ocho punto tres, ingeniero.

Le pareció fabuloso el poder de las barajas. En apenas unos segundos le habían evitado diez días de trabajo. El as tomaría el valor de uno y el joto, la reina y el rey los de once, doce y trece respectivamente. ¿Para cuándo lo tendrá listo? Como el mes tiene treinta días, podría tomar dos cartas: quizá el cuatro de tréboles y la reina de diamantes. Para el dieciséis, ingeniero. Si necesitaba números del uno al cien sumaría ocho cartas; no era exacto pero la vida tampoco lo era. Y se imaginó que el comodín le daría total libertad para elegir lo que fuera. ¿A qué horas vuelves, Víctor? La reina sería “A las doce”, el comodín sería “A la hora que se me hinche”. ¿Qué canal quieres ver? ¿Cuántas tortillas quieres?

Comenzó a sonar el teléfono. Víctor supuso que era su mujer, sin embargo le pareció tan absurdo estar a esa hora de la noche sentado en su escritorio que le resultó igualmente absurdo imaginarse a su mujer al otro lado de la línea. Mariana más bien debería pensar que me topé con algún amigo en la calle o que me fui a emborrachar. ¿Pares o nones?, se preguntó, y como la carta fue un siete de tréboles decidió no contestar.

Víctor experimentó una felicidad repentina y estuvo seguro de que el nuevo ya no podría brincar; ahora él tendría respuestas precisas e inmediatas para cada solicitud de su jefe. ¿Cuántos operarios necesitamos en tal proceso? ¿Cuál es el mejor proveedor de tales materiales? Fechas, sumas, porcentajes; as, dos, tres, cuatro; todas las

cifras bajo la manga.

Se puso la camisa, sin abotonársela, tomó las barajas y salió de la oficina, satisfecho. En la caseta de vigilancia, el guardia le avisó que su mujer le había llamado.

—Ya lo sé —respondió él—, pero vine a trabajar.

Se echó a caminar las once cuadras que lo separaban de su casa; un joto de cuadras, pensó. De nuevo le agradó la brisa de la noche y aun más que cuando salió por las cervezas, porque ahora el viento era más fresco y la camisa estaba desabotonada y el guardia lo había visto salir así y el viento sólo corría en libertad. Continuó dándole vueltas en la cabeza a las posibilidades que le ofrecía el mazo de cartas, y en la medida que le costaba más trabajo generar ideas nuevas, se iba desencantando incluso de las que apenas unos momentos antes le habían entusiasmado. Si me piden la producción acumulada del año, no sabría si sumar una o diez o todas las cartas. Lo mismo si me piden el precio de algún material. Con el ocho punto tres fui afortunado, porque la cifra no es descabellada, ¿pero qué hubiera hecho con un as? Mi jefe no hubiera aceptado el uno por ciento. Y si me sale un rey con mi mujer, ni modo que me caliente trece tortillas.

Para cuando llegó a las vías del tren había concluido que las cartas sólo eran útiles para decidir entre alternativas, y que entonces resultaba más práctica una moneda. Sí o no. Pares o nones. Eso era todo. Despreció su entusiasmo de apenas unos instantes atrás y, sobre todo, le extrañó que su mente se hubiera desbocado de esa manera sin necesidad de unas cervezas. Se sentó en los rieles y sacó el mazo de cartas.

—Aquí me voy a quedar —dijo en voz alta para sentir que sus palabras se convertían en un pacto—, a menos que saque un as.

Se llevó la mano a la frente en actitud de concentración y palpó el reverso de algunas cartas hasta que se decidió por una. Era el rey de corazones. No se escuchaba el silbato del tren ni se sentía que vibraran los rieles. Supuso que eran pasadas las doce. No había tráfico de autos ni de peatones.

—Todos merecemos otra oportunidad —dijo.

Repitió el proceso de la mano en la frente y de palpar las cartas. Ahora fue un dos de diamantes. Recordó una película en la que, por diversión, unos muchachos se acostaban bocarriba en medio de los rieles y dejaban que el tren pasara por encima de ellos; el ruido era ensordecedor y resultaba excitante ver los vagones, uno tras otro, rozándoles la nariz. Al fin pasaba el cabús y los muchachos se ponían en pie, muertos de risa, mientras terminaban de digerir su adrenalina. Víctor se figuró que, de hacer lo mismo, quizá no tendría problemas con su nariz, pero los vagones se lo llevarían de vientre. Puso ambas manos sobre la barriga y pensó en el *air-cushion finish*.

—Una más —susurró—. La última.

La tercera carta fue el ocho de espadas, la misma que le había servido para calcular el porcentaje. Ahora recordó una noticia sobre unos indocumentados que se durmieron sobre las vías del tren a San Antonio. Sólo uno vivió para contarle, el de sueño más ligero. Víctor no se decidió si había que estar muy cansado o ser de veras muy pendejo para morir así.

Tuvo la sensación de que los rieles vibraban y tomó rápidamente otra carta.

—Sí —dijo—. Me merezco otra oportunidad.

Sintió alivio al ver que era un comodín, tan bueno como un as. Se puso de inmediato en pie y siguió su camino a casa con el nuevo desencanto por comprender que, a fin de cuentas, las cartas ni siquiera le servían para tomar decisiones. Sólo estuvo seguro de que a la mañana siguiente, pasara lo que pasara, le entregaría a su jefe un reporte que estableciera claramente que el porcentaje de material irrecuperable era ocho punto tres, ni más ni menos. Esos diez días de holgura ya no los dejaría ir y de paso le daría al nuevo una lección de velocidad en el trabajo.

Avanzó con cansancio, con ganas de poseer una bicicleta como la del angelito. Razonó que las cartas le habían salvado la vida en la cuarta oportunidad y él comenzaba mañana su novena oportunidad en la oficina. Ya es justo un golpe de suerte, concluyó satisfecho, y tal vez sea inevitable. Encontró el Lontananza cerrado y, unos metros más allá, divisó a Odilón retirándose con trancos muy lentos, apoyado en los hombros de su ayudante. Víctor ya no tuvo ánimos para buscar cerveza en otro sitio.

Al llegar al edificio se alegró de que todas las luces, excepto la de su departamento, estuvieran apagadas y de que no hubiera voces saliendo por las ventanas. Mientras subía las escaleras sintió unos deseos enormes de agradecerle a Mariana el regalo de las cartas; le pediría perdón por portarse tan frío, por haberse ausentado sin avisarle, por no contestarle el teléfono. Le daría un beso y hasta le pediría de todo corazón que se sentaran a jugar cualquiera de esos juegos que ella le mencionó. Sin embargo, cuando abrió la puerta y la vio tan sola en el sillón, tan desamparada junto al televisor apagado, se llenó de temor y le dijo:

—El nuevo me va a brincar.

Mariana se levantó a abrazarlo, le acarició el pelo y lo llevó a sentarse junto a ella. Ahí, tomándole las manos temblorosas y sudorosas, le dijo con el más grande amor del que fue capaz:

—Ya lo sé, Víctor, y no hay nada que podamos hacer.

9

ESTÁBAMOS CANSADOS DE DAR VUELTAS en el coche. Amílcar nos había asegurado que la plaza estaría llena de muchachas; decentes, dijo, que en este pueblo no es tan fácil ligar. Pero también aseguró que su Camaro las haría caer en tentación.

—Nomás vean las placas de Texas —dijo—, van a saber que aquí hay dólares —y se tocó el relieve de la billetera en el pantalón.

Medimos el tamaño del pueblo por las calles pavimentadas. Unas cuantas nada más. Hidalgo, Morelos, Allende, Madero, Carranza los héroes de siempre. En cosa de media hora vimos cinco veces todo lo que había por conocer. Casa tras casa, de adobe o sillar, una pegada a la otra, pared con pared y todas con rejas como si adentro guardaran presos o locos; y un depósito, una tortillería, una mercería, una farmacia y un taller, por supuesto cerrados, como cerradas estaban las fábricas de las afueras. Nada nos pareció diferente a cualquier otro pueblo, salvo que este lugar parecía muerto. Ni Felipe ni yo entendíamos por qué no aceptábamos de una vez que la noche había resultado un desperdicio. Era hora de asimilar la derrota y tomar la carretera de vuelta a Monterrey. Sin embargo Amílcar era el dueño del carro y él sí estaba disfrutando el paseo. Le resultaba como transitar de nuevo por su infancia, por el lugar que dejó veinte años atrás. Seguramente se le llenaba la boca de comentarios que quería hacer sobre tantos recuerdos que le venían en manada, pero estaba seguro de que nuestras burlas no le permitirían el menor sentimentalismo.

—Tan decentes las viejas —dijo Felipe— que ni a la calle salen.

Tal vez se nos habían confundido las fechas y las horas. Tal vez no era sábado ni eran las diez de la noche.

—¿Qué día es hoy? —pregunté.

No me respondieron. Pensé que mi voz se había perdido con el ruido del motor. Cuando Amílcar bajaba la velocidad sonaba igual a una olla hirviendo, sólo que más fuerte. Cuando aceleraba, el hervidero se volvía una metralla.

—¿Qué día es hoy? —grité.

Felipe volteó a verme. Amílcar siguió con la vista fija en el camino. Se me hacía tarde para volver. Poco a poco fue bajando la velocidad

hasta detenerse frente a una zapatería. Asdrúbal Zapatilandia, decía el letrero sobre la puerta. El local era similar a cualquier casa, sólo que con colores más vivos, rojo y verde, y por los vidrios se distinguían cartones que anunciaban ofertas y descuentos del veinte al cuarenta por ciento.

—¿Qué, güey? —preguntó Felipe—. ¿Necesitas zapatos?

El motor seguía con su hervidero. A mí me daba la impresión de que de veras se estaba calentando y no tardaba en reventar el radiador; entonces tendríamos que quedarnos ahí a pasar la noche dormidos dentro del carro hasta la mañana siguiente cuando abriera el taller.

—¿Qué pasa? —insistió Felipe. Ahora él era el que no obtenía respuesta.

En el taller nos dirían que lo sienten mucho, pero no tienen refacciones para un Camaro, que apenas en el otro lado, que si acaso pueden pedirnos una grúa para remolcarnos hasta donde queramos, pero no responden del precio.

—Ahí nací —dijo Amílcar.

—¿Naciste en una zapatería? —preguntó Felipe.

Conmigo no cuenten, pensé. Si truena el motor yo me busco un autobús para volver. Que Amílcar me pague el boleto, al fin él me trajo y él trae la billetera con dólares. Si quiere hacerse cargo de la grúa, es cosa suya, y si no quiere, que deje el coche aquí arrumbado.

—No seas pendejo —dijo Amílcar—, antes era una casa, la nuestra.

—El hombre de Zapatilandia —dijo Felipe.

Amílcar arrancó el auto velozmente. Las llantas rechinaron en el silencio de la calle. Casi de inmediato tuvo que bajar la velocidad porque el pavimento se terminó a las dos cuadras.

Cada vez que Amílcar volvía de los Estados Unidos nos llamaba y arreglaba las cosas para que nos viéramos. Era como si pretendiera que el tiempo no había pasado, que seguíamos siendo los mismos muchachos de secundaria a los que nos gustaban las mismas canciones, las mismas películas, las mismas muchachas, los mismos deportes.

—¿Y quién es Asdrúbal? —pregunté.

—No sé —respondió Amílcar.

—Pues con ese nombrecito —dijo Felipe— de seguro es pariente tuyo.

Felipe y yo no nos veíamos en todo el año, y aunque aceptábamos la invitación de Amílcar, lo hacíamos por falta de valor para negarnos. Por educación, decía Felipe, por cortesía. Amílcar realizaba un viaje de diez o más horas para vernos y ni modo de decirle hoy no, vuelve en otra ocasión. Esta vez le dio por traernos a su pueblo. Nos platicó maravillas de él; que la plaza, que muy limpio, que podías dejar el carro con las

llaves puestas y ni quién se lo robara.

—Si en cinco minutos no salen las viejas —dijo Felipe—, nos regresamos.

—Más bien creo que ya se metieron —dije.

Al menos Amílcar no se portaba tan mamón como muchos que se van al otro lado. Un primo, cada vez que viene, se la pasa quejándose de las calles con baches, del humo que echan los camiones, de que la leche parece agua pintada y cosas por el estilo. Aprovecha cualquier oportunidad para dejar escapar palabras en inglés y nos pide que ya no le digamos Toño sino Tony. Y claro, cuando está allá dice que no le gustan las hamburguesas ni el queso amarillo y se la vive escuchando música mexicana y le importa muy poco el colesterol. Mamón. Amílcar, en cambio, se sabe comportar, y salvo los dólares y el Camaro, sigue siendo de los de aquí.

—Vamos a tomar algo —sugirió Amílcar.

No hizo falta ni asentir. De sobra sabía que estábamos de acuerdo. Tomó una de las calles sin pavimentar y el carro comenzó a dar de brinco. Atrás de nosotros, una nube de polvo se perdía en la oscuridad.

—Más despacio, imbécil —dijo Felipe—, vas a desbaratar el coche.

—Los voy a llevar a donde me tomé mi primera cerveza —dijo Amílcar.

Seguía con sus ganas de recordar. Todo el camino, desde que salimos de Monterrey, se la pasó con frases como te acuerdas de, o te acuerdas cuando. Y terminábamos hablando de lo mismo que siempre hablábamos. De la ocasión cuando en el laboratorio de la escuela causamos un incendio, del día que nos perdimos en el Cerro de la Silla, de Verónica, la muchacha de las chichotas que trabajaba en la revistería frente a mi casa. Siempre lo mismo. Felipe se había casado y divorciado en cosa de unos meses, pero de eso no hablamos, apenas se mencionó. Ni Amílcar ni yo le preguntamos por qué, ni nos interesamos en saber quién había sido su mujer o si tenía algún hijo con ella o si de perdido estaba embarazada.

—Mientras estén frías —dijo Felipe— puedo aguantar tus nostalgias.

Creo que si yo me fuera quince años de mi ciudad me olvidaría de calles y rumbos. Por eso me admiré de la seguridad con que Amílcar se metió por esas calles tan polvosas y mal trazadas, sin titubear ni un instante, seguro de no toparse, pese a lo disparejo del terreno, con zanjas o piedras que de verdad le dañaran el auto. De pronto se detuvo.

—Aquí es —dijo Amílcar.

En la esquina contraria se distinguía un local con un letrero luminoso que decía Lontananza. Un cúmulo de zancudos y palomillas revoloteaban en torno a la luz.

—¿Qué es Lontananza? —preguntó Felipe.

—Es un bar —respondió Amílcar.

—Pregunto por la palabra. ¿Qué quiere decir?

—No sé.

Voltearon a verme en busca de respuesta. Levanté los hombros para unirlos a su ignorancia.

—Vamos adentro —dije—. Ahí le preguntamos al encargado.

Amílcar apagó el motor, pero hasta un rato después dejé de escuchar el hervidero. Caminamos despacio hacia la puerta, como si los tres nos cuestionáramos si no sería mejor volver a Monterrey en ese momento. El Lontananza lucía tan promisorio como la plaza. Con ganas de desanimarlos a entrar, dije:

—Nomás no tomes mucho, Amílcar, porque tienes que manejar de regreso.

Pero Felipe me reclamó:

—¿Dónde aprendiste a decir esas jotadas?

El local estaba casi vacío, sólo un par de hombres junto a la barra. Elegimos una mesa en la esquina más alejada de la puerta. Bastó con ver la actitud del cantinero para darse cuenta de que el negocio andaba mal. Se acercó a nosotros con una gran sonrisa y limpió la mesa que ya de por sí estaba limpia. Luego nos preguntó que qué queríamos beber y nos llamó caballeros. Los tres pedimos Tecates.

—Enseguida, caballeros —dijo y se volvió a su puesto tras la barra.

Amílcar nos habló de su primera cerveza. Su padre, que en paz descansa, era plomero y visitaba seguido el Lontananza para destapar los baños. Lo hacía por las mañanas, cuando el local estaba cerrado. Si Amílcar lo acompañaba, le pedía que lo esperara sentado en una de las mesas porque le avergonzaba que lo vieran con las manos metidas en un escusado y, según decía, para evitar que su hijo también quisiera ser plomero. Una de esas ocasiones, el dueño del Lontananza, un tal Odilón, le sirvió una cerveza a Amílcar, que entonces tenía siete años. Se la bebió rápido para que su padre no lo sorprendiera. En total complicidad, Odilón le retiró la botella tan pronto estuvo vacía y le obsequió un chicle de menta para apaciguar el aliento. Sin embargo, cuando estuvieron destapados todos los escusados, Amílcar se sentía demasiado mareado y no pudo disimular su borrachera. De vuelta en la casa su padre le dio una tunda y dijo que, aunque sentía más rabia contra Odilón, a él no le reclamaba porque era su mejor cliente.

—El año pasado nos contaste eso —dijo Felipe—, sólo que el chicle era de yerbabuena.

Para mí era una historia nueva, que igual se me olvidaría como se me olvida todo lo que tiene que ver con Amílcar y Felipe después de la

secundaria; y si el año que entra la vuelve a contar, me parecerá de nuevo que la escucho por primera vez. Y Felipe se gasta el cerebro en conservar un chicle de yerbabuena.

—¿Se acuerdan de las chichotas de Verónica? —preguntó Amílcar.

—Por favor —reclamó Felipe—, ya hablamos de eso en el coche.

El cantinero venía a la mesa con mucha frecuencia para preguntarnos si se nos ofrecía algo más. No variaba su sonrisa y tenía siempre el trapo listo para remover cualquier gota de agua o cerveza que cayera sobre nuestra mesa. Le dije que no se preocupara, que si queríamos algo más le haríamos una seña. Pero antes de que se fuera, Amílcar le preguntó:

—¿Y Odilón?

El hombre tardó un rato en contestar. Vi que en sus ojos se notaba la expresión de esa gente que todo lo pide por favor.

—Odilón ya no está —dijo. Y en su boca no estar era sinónimo de haberse muerto.

Los dos tipos de la barra se rieron ruidosamente y salieron del local. No podían escucharnos, estábamos muy lejos de ellos, sin embargo me quedó la sensación de que se reían de nosotros. Ahora sí éramos los únicos clientes y eso, para un sábado en la noche, resultaba alarmante.

—¿Qué día es hoy? —pregunté.

El hombre se metió tras un estante con botellas. Felipe le había pedido otra ronda de Tecates y unos limones.

—¿Entonces de qué hablamos? —preguntó Amílcar.

—Vamos a pedir que la prendan —Felipe señaló un televisor sobre una repisa en la pared.

—No mames —dijo Amílcar—, para ver tele me hubiera quedado en Houston.

—Podemos jugar dominó —dije—, de seguro aquí nos prestan uno.

—Somos tres —dijo Amílcar—, así no se puede jugar.

—Le pedimos al cantinero que juegue con nosotros —dije.

—Yo no juego con ese güey —dijo Felipe—. Me deprime.

Llegaron las cervezas y los limones. Amílcar estuvo un rato tratando de abrir la lata. Con cada intento hacía un gesto de fastidio y se llevaba el índice a la boca. Felipe tomó una mitad de limón.

—Se nota que el cantinero es un improvisado —dijo—. Los parte como si fueran para hacer limonada.

Entró una persona y echó un largo vistazo al interior, deteniendo un rato sus ojos sobre nosotros. El cantinero le dio las buenas noches y lo invitó a pasar. Él sólo inclinó la cabeza y salió. Felipe dijo que era igualito a su tío Ernesto, sobre todo por la nariz ancha y cacariza, pero nos dio lo mismo porque ni Amílcar ni yo conocíamos al tío Ernesto.

Notamos que el cantinero se acercaba con tres platos. Nos miramos con extrañeza porque ninguno de nosotros había ordenado algo de comer. Cuando puso los platos sobre la mesa los miramos aun con más extrañeza.

—Son crepas —nos informó—. Las hizo mi esposa.

Levantamos la vista y vimos a una mujer joven y bonita detrás de la barra; nos estaba sonriendo y casi levantaba la mano para ondearla. Demasiado bonita, pensé, como para andar sonriendo tras la barra de una cantina vacía un sábado por la noche. No era una belleza que moviera al deseo sino a la simpatía, al afecto. Tal vez así me pareció por el contraste entre sus labios forzosamente alegres y sus ojos dolorosos, ambos clavados en una piel demasiado blanca para ese pueblo. Estuve seguro de que, de tener la oportunidad de hablar con ella, le contaría mi vida con todo detalle. Luego le daría un beso. Nada más.

Comimos las crepas sin que el hombre se retirara de nuestro lado. Estaban bañadas en cajeta y con una especie de crema blanca que no reconocí. Tal vez era leche. No sé.

—¿Qué tal las crepas? —nos preguntó.

La verdad estaban buenas y así se lo hicimos saber. Yo empecé a ponerme demasiado triste. Uno no va a un bar a comer crepas con cajeta, y menos a que a uno lo vean comer crepas con cajeta. Además resultaba patético lo que esto implicaba: el hombre y su mujer sabían que estaban al borde de la quiebra. No sé si querían agradecer nuestra presencia con las crepas o si suponían que sirviendo crepas el lugar se les iba a llenar de gente. Cualquiera de las dos opciones me entristecía igual.

El hombre no se iba de nuestro lado y su mujer nos seguía sonriendo. ¿Qué esperaban? ¿Que pidiéramos más crepas? ¿Que les pagáramos las que nos comimos? ¿Que les siguiéramos diciendo lo sabrosas que estaban? El momento se volvió muy tenso. No podíamos tolerar un segundo más sus miradas. Entonces Felipe encontró un modo de aligerar la situación.

—El hombre de Zapatilandia —dijo, y dio una gran palmada en la espalda de Amílcar.

Amílcar se levantó quejándose de dolor y nos reímos forzosamente. Felipe tomó un par de latas vacías y se las acomodó bajo la camisa a la altura del pecho.

—Adivinen quién soy.

—Verónica, mi amor —dijo Amílcar y se abalanzó hacia él.

La mujer del cantinero se metió por una puerta tras la barra, tal vez pensando que estábamos borrachos.

—¿Van a querer más? —dijo el hombre. Me compadecí de él y

estuve a punto de responderle que sí, pero acabé por decir:

—No, gracias.

Amílcar tomó a Felipe de las tetas metálicas y las apretó hasta hacerlas crujir. Vi al hombre perderse tras la barra, igual que su mujer. Lo imaginé diciéndole que ya no hiciera más crepas, que ya los clientes no querían. Ella bajaría la cabeza entre abatida y avergonzada y preguntaría ¿por qué?, ¿es que no les gustaron?, y él le diría sí, mi amor, pero es sólo que ya no quieren, con una para cada uno fue suficiente. Entonces ella detendría sus ojos llorosos y le diría entusiasmada que tiene una buena idea, que a partir de mañana, además de las crepas, cocinaría pasteles de chocolate y de fresa y de manzana. Y él la abrazaría porque no se atreve a decirle que ya todo es inútil.

Ahora fue Felipe el que se quejó de dolor.

—Ya párale, güey —dijo.

Se levantó la camisa y dejó caer las latas. En el pecho se le notaba un rasguño de unos diez centímetros, del que empezaba a brotar un poco de sangre. A ninguno le quedó rastro de lo que unos segundos atrás era risas y diversión.

—¿Por qué no nos vamos? —pregunté.

—Sí —dijo Amílcar.

—¡La cuenta! —gritó Felipe.

El hombre había tenido tiempo para reconstruir su sonrisa y para exprimir el trapo. Nos preguntó de nuevo si se nos ofrecía algo y de nuevo nos llamó caballeros. Felipe le dijo que queríamos la cuenta, nada más. Cuando el hombre volvió a la barra para hacer la suma, Amílcar dijo:

—El pobre nos atiende como si pensara que vamos a volver.

Al cabo de un rato nos dio el total y pagamos por partes iguales. Comparé la cuenta con la lista de precios que estaba en la pared y entonces supe que las crepas resultaron una cortesía. El hombre nos dio las gracias; nosotros no dijimos nada. Felipe le iba reclamando a Amílcar la mancha roja que se le estaba formando en la camisa. Nos subimos al carro y comenzó el hervidero del motor.

—Espérense —dije—, se me olvidó algo.

El coche era de dos puertas y yo estaba en el asiento de atrás. Le pedí a Felipe que abriera la puerta, pero él se negó.

—Antes dinos qué se te olvidó.

Sólo quería ver a la mujer por última vez. Agradecerle las crepas. Decirle algo de mí, aunque fuera algo mínimo, superficial; mi nombre, mi edad, que cuando era niño pensaba que si mis papás no se hubieran casado yo de cualquier modo hubiera nacido, aunque fuera en otro país,

pero con mi misma cara, mismas ideas, mismo sexo. Pero explicarle esto a Felipe y Amílcar era tanto como escuchar el hervidero convertirse en metralla.

—Es que no preguntamos qué es lontananza —dije.

—No importa —dijo Amílcar—, lo puedes buscar en un diccionario.

—Lo necesito saber ahora mismo —dije.

Tal vez de tan absurdo mi argumento fue que Felipe abrió la puerta. Corrí hacia el local y, cuando entré, vi a la mujer lavando unos vasos.

—¿Qué desea? —me preguntó.

No vi al marido. Lo mismo estaba en la bodega que en el baño. No importaba, como tampoco importaba si hubiera estado ahí. Comoquiera le habría dado ese último vistazo a la mujer.

—Nada —dije—. Es que se me olvidó darle las gracias.

Afuera sonó el claxon del Camaro. Alterné mi vista entre la mujer y la calle. Ella cerró la llave del agua y me dijo:

—Tus amigos te esperan.

De regreso en el auto Felipe me preguntó el significado de lontananza. Pensé rápido en una mentira y le dije que era una palabra árabe que quiere decir buena suerte.

Salimos del pueblo y, ya en la carretera, Amílcar subió la velocidad a ciento veinte kilómetros por hora. Igual que todos, tenía prisa por llegar. Me tendí en el asiento para tratar de dormir. Sabía que me bastarían unos minutos de sueño para olvidarme de mis sentimientos hacia la mujer y su marido y trataría de hacer una imagen de ella para darme cuenta de que no era tan hermosa como me pareció en un principio y su piel blanca más parecía una enfermedad que una cualidad. Sin mucho esfuerzo logré dormirme, no unos minutos sino casi una hora, porque cuando desperté lo primero que vi fue un letrero que decía MONTERREY 12 KM. Y, tal como lo supuse, me importó muy poco lo que ocurriera con la mujer y sus crepas y su marido y sus pasteles de chocolate, y me dio lo mismo si el resto de su vida se llenaba de desdicha o de lontananza.